



MARIPOSA

LIBRO - I

HERRERO

MEXICO

5

LE-1405

MARIPOSAS

LIBRO PRIMERO DE LECTURA

h. e. mos

EL METODO MAS MODERNO DE LECTURA PARA NIÑAS Y EL MAS POPULAR, ES

MARIPOSAS

CONSTA DE TRES LIBROS RICAMENTE ILUSTRADOS, ENCUADERNADOS EN CARTONE, LOMERA DE TELA, CON BONITA CUBIERTA EN PAPEL COUCHE.

Libro Primero para 2º año elemental

Libro Segundo „ 3er. „ „

Libro Tercero „ 4º „ „

SE HALLAN DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

MARIPOSAS

LIBRO PRIMERO DE LECTURA

PARA USO DE LAS

ALUMNAS DEL SEGUNDO AÑO ELEMENTAL

ESCRITO POR

Una Profesora Normalista

SEGUNDA EDICION



R. 26.566

MEXICO

HERRERO HERMANOS SUCESTORES

DESPACHO AL MENUDEO:
Avenida Cinco de Mayo, 39

ALMACENES:
Plaza de la Concepción, 5 y 7

APARTADO 671

1928

L.E. 1405

Queda asegurada la propiedad
artística y literaria de esta
obra, conforme a la ley, por
sus Editores.

1928

Imprenta de los Editores. Comonfort, 44. México.

1. PRIMER DIA DE CLASES



Las vacaciones han terminado.
Llegó el mes en que comienzan los trabajos de la escuela.

Por todas partes se ven grupos de niñas y grupos de niños que han salido muy temprano de sus casas.

Todos llevan sus libros, sus cuadernos, sus pizarras y sus lápices.

Las niñas sienten mucho dejar su casa; pero en cambio van contentas, porque saben que en la escuela las espera la maestra.

¡Oh, la maestra es tan buena y tan cariñosa como una madre!

Entre las niñas va Rosalía, niña que muy a menudo será citada en este libro, como un modelo, por sus buenas cualidades.

Dichosas vosotras, ¡hermosas criaturas! que vais a la escuela en busca de la instrucción que os hará mujeres virtuosas, ilustradas y útiles a vuestro hogar y a la Patria.

—*—

2. LA BUENA HERMANA

Ramoncito es un niño que juega con mucho ardor a la hora del recreo.

Y al correr, al saltar o al luchar con sus compañeros, no se preocupa mucho de sus vestidos.

Y así sucede que algunas veces su traje presenta desgarraduras.

Pero tiene una hermanita que es muy cariñosa. Cuando lo ve en esas malas trazas, *coge una aguja y recoge las desgarraduras* lo mejor que puede.

Algunas veces la mamá ha observado lo que la buena niña hace.

Entonces regaña a Ramoncito, diciéndole que imite el ejemplo de su hermanita, y de este modo va poco a poco logrando que el niño cuide más de sus vestidos.

¿Queréis saber cómo se llama la hacendosa chiquilla?

Se llama Rosalía.

Oh, yo quisiera que todas las niñas imitaran a Rosalía!



3. LAS UÑAS DE ROSALIA

La señora Rosario ha llamado a todos sus sobrinitos para obsequiarlos con dulces.

Todos los chiquitines vienen contentísimos, y entre ellos Rosalía, la sobrina consentida.

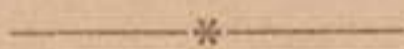
La tía Rosario hace que los niños se formen en fila frente a ella, y comienza la repartición de dulces.

Rosalía mira sus manos, y notando que sus uñas están largas y con un ribete negro, se retira avergonzada.

Rosalía había hecho mal en descuidarse

las uñas; su desaseo fué causa de que la privaran de sus dulces.

Niñas: recortaos bien las uñas, para que vuestras manos no presenten desagradable aspecto.



4. LAS FLORES



A Rosalía le encantan las flores y las prefiere a cualquier otro adorno que pudiera poner en su habitación o en su persona.

La mamá de Rosalía consiente a la niña en este gusto, porque piensa que, en efecto, no hay adorno más bonito y más apropiado para una niña que las flores.

Por esto es que la mamá coloca todas las mañanas un gran manojo de flores frescas y olorosas en el cuarto de Rosalía. Pero tiene buen cuidado de sacarlas de allí por las noches.

La niña no se explica por qué su mamá se lleva las flores por la noche a otro lugar.



—¿Quieres decirme, mamá, por qué todas las noches te llevas las flores de mi cuarto?

—Hija mía, le contestó la mamá, porque las flores especialmente las que tienen perfume, vician la atmósfera que respiramos, produciendo dolor de cabeza y otros trastornos.

5. ¡POBRES BURROS!



Allá va el arriero guiando a tres asnos que llevan auestas unas cargas de carbón. Se dirige a la ciudad, donde venderá su mercancía a buen precio.

El arriero lleva una vara en la mano, y con ella pega a los infelices animalitos que no caminan de prisa o que se desvían del camino.

Si, a pesar de los golpes, los burros no caminan como el arriero quiere, o si alguno de esos animales se echa al suelo, entonces no sólo llueven palos sino también injurias crueles y brutales.

Pero ¿por qué no caminan rápidamente? ¿por qué se echan al suelo?

¡Ah! es que van rendidos de fatiga o agobiados por el dolor que les causan las mataduras que en su piel ha hecho la carga.

A pesar del mal trato, los animales siguen pacientemente su camino y sirven humildes al ingrato arriero.

Siempre que podáis, defended a los pobres animales.

—*—

6. LA RECÁMARA DE ROSALIA

Rosalía es un primor por su aseo, por su finura, por el esmerado orden con que sabe arreglar todo lo que le pertenece.

Su mamá está positivamente orgullosa de tener una hija tan buena y ordenada, y enseña con verdadera satisfacción a sus amigas la recámara de la niña.

Todo está allí en su lugar, todos los muebles lucen brillantes y limpios, como si acabaran de salir del almacén.

Luego se ve que aquella recámara pertenece a una niña hacendosa y buena, que más tarde será una mujer modelo.

Sobre la cabecera de la cama en que duer-

me Rosalía, luce un hermoso ángel de porcelana.

¡Míralo qué hermoso! Envuelto en azul túnica, con las blancas alas desplegadas y el rostro sonriente y apacible, parece ser el guardián de la inocente niña.

Las niñas como Rosalía serán felices.
¡Procurad imitarla!

—*—

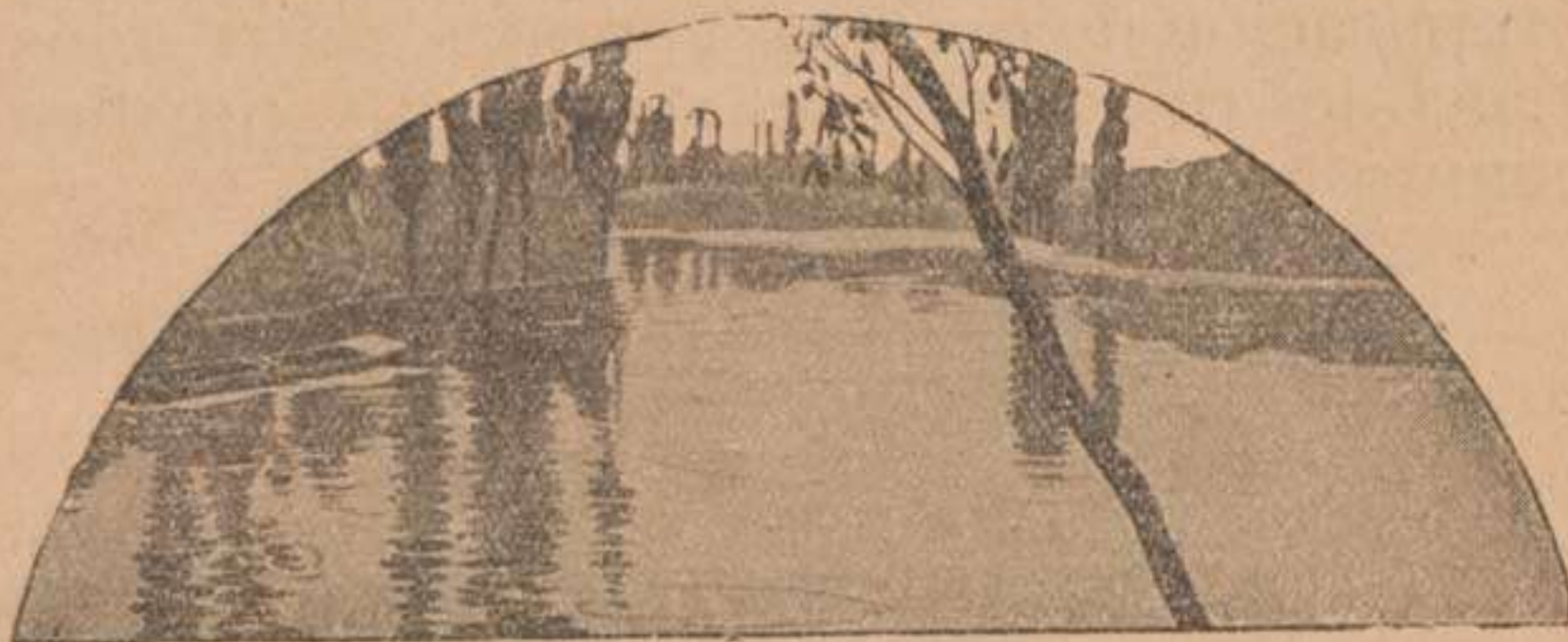
7. LA NUEZ VERDE

Luisita encontró en su jardín una nuez, cubierta aún por su corteza verde. Creyóla una manzana y quiso comerla; pero apenas la llevó a la boca hubo de arrojarla; haciendo un gesto de disgusto y exclamando:— ¡Puá! ¡Qué amarga es! Su hermano Conrado, más experto, cogió la nuez, quitóle la corteza, y le dijo:—Yo prescindo de lo amargo de la cáscara, porque sé muy bien que dentro de ella hay un manjar muy dulce que me producirá grato sabor.

A veces bajo una áspera corteza escondida se encuentra la belleza.

SCHMID.

8. EL AGUA



El agua, lo mismo que los otros elementos de la naturaleza, es indispensable para la vida.

Brota el agua clara, fresca y cristalina de los manantiales, y corre a través de llanuras y peñascales, labrándose a su paso el cauce o lecho que marca su camino.

Esos ríos, esas corrientes de agua, provenientes de los manantiales, corren fertilizando las tierras.

A veces forman de trecho en trecho algún remanso, o se arrojan al fondo de los barrancos para formar primorosos saltos y cascadas imponentes.

Continúan su camino esas corrientes, y al fin confunden sus aguas con las del mar, con las de alguna laguna o con las de otro río.

El agua apaga nuestra sed, sirve para la preparación de nuestras comidas, nutre a los vegetales que tan útiles son, lava y purifica cuanto toca.



9. UNA BUENA ACCION

El pobre ciego se ha detenido en la orilla de la banqueta y no se atreve a avanzar.

Piensa que si pasa algún carruaje puede atropellarlo.

Hay mucha gente en la calle; pero ninguno se ofrece a acompañar al desgraciado hombre.

Rosalía, que se dirige a toda prisa a la escuela, ve al ciego y se detiene.

Viendo que nadie se presta a acompañarlo, la niña se acerca a él y le dice con tierna vocecita:

—Señor, si usted desea pasar a la otra acera, con mucho gusto lo acompañaré.

—Muchísimas gracias, niña—contesta el ciego,—vamos.

Tomó la niña con cariñosa solicitud el brazo del ciego, y así pasaron hasta la otra acera, donde se separaron: ella feliz, satisfecha de su buena acción; él colmando de bendiciones a la compasiva niña.



10. LOS ESTRAGOS DEL FRIO



El frío excesivo es horrible y perjudicial. Los enfermos, que en tiempo de verano

mejoraron, en el invierno empeoran, y muchos de ellos sucumben, a causa del estrago que en ellos hace el frío.

Los niños, si no están perfectamente abrigados y alimentados en tiempo de invierno, es probable que mueran por falta de calor.

Cuando hace mucho frío, la Naturaleza toda se entristece; el sol no aparece sino muy de tarde en tarde y casi siempre débil, velado por la niebla.

Otras veces el sol sale brillante y limpio, como en tiempo de verano; pero entonces el calor del sol hace que se deshieren los nevados, y el frío se siente más intenso.

Cuando llegue la estación cruda, pensad en tantas pobrecitas criaturas que mueren de frío, y pedid a Dios que las proteja.

—*—

11. EL PAJARO LIBRE Y EL CAUTIVO

Un día, un canarito, viendo la puerta de su jaula abierta, se escapó y llegó al campo.

Allá se encontró con un gorrión, y le dijo:

—Llévame a donde está el alpiste, pues tengo hambre.

—¿Alpiste? Yo también lo quisiera, pues ya me muero de hambre.

El canario reflexionó un momento, y luego dijo:



—Si es tan difícil hallar que comer, tendré que volverme a casa. Vamos, gorrioncito, yo repartiré contigo el alpiste que tengo.

—¿Me convidas a tu jaula? Por más bella que sea, no la quiero.

—Pero allí hay qué comer. No lo olvides.

—Prefiero el hambre a la esclavitud. Yo quiero ser libre. ¡Adiós!

Y el gorrion tendió el vuelo.

12. LAS PLANTAS DE HORTALIZA

Visitad una huerta que esté bien cuidada.

Allí podréis admirar el buen resultado de los esfuerzos que el horticultor ha hecho para cultivar debidamente ese grupo de vegetales tan útiles al hombre: las plantas de hortaliza.

A este grupo de plantas pertenecen la col, el nabo, la zanahoria, la lechuga, el betabel y otras muchas.

Fijaos en el sembrado de lechugas, y veréis que el cultivador ha tenido buen cuidado de cerrar las hojas de las pequeñas plantas, sujetándolas con flexibles tules.

Así consigue que la luz no penetre al centro de la planta, y que las hojas interiores queden tiernas y blancas.

Las plantas de hortaliza desempeñan un papel importante en nuestra alimentación.

13. EL BORREGO



El borrego es un animal muy útil y muy bonito.

Su carne nos sirve de alimento, y su lana sirve para hacer colchones, almohadas y telas para abrigarnos.

Unos borreguitos tienen su lana negra, y otros tienen lana enteramente blanca.

Los borregos más finos son los merinos, que tienen una lana muy larga, sedosa y brillante.

En la época del calor, se corta la lana que cubre a los borregos. El hombre encargado de cortar la lana se llama trasquilador.

El pastor lleva a los corderitos todas las tardes a que pasten libremente en los cam-

pos, y al oscurecer, los encierra en la majada o redil.

El borrego es un animal doméstico, y puede vivir al lado del hombre.

*

14. LA BOCA

La boca es la parte del rostro por donde se toma el alimento.

Para que la boca se vea bonita, es necesario que los dientes estén blancos y brillantes, y los labios rojos y frescos.

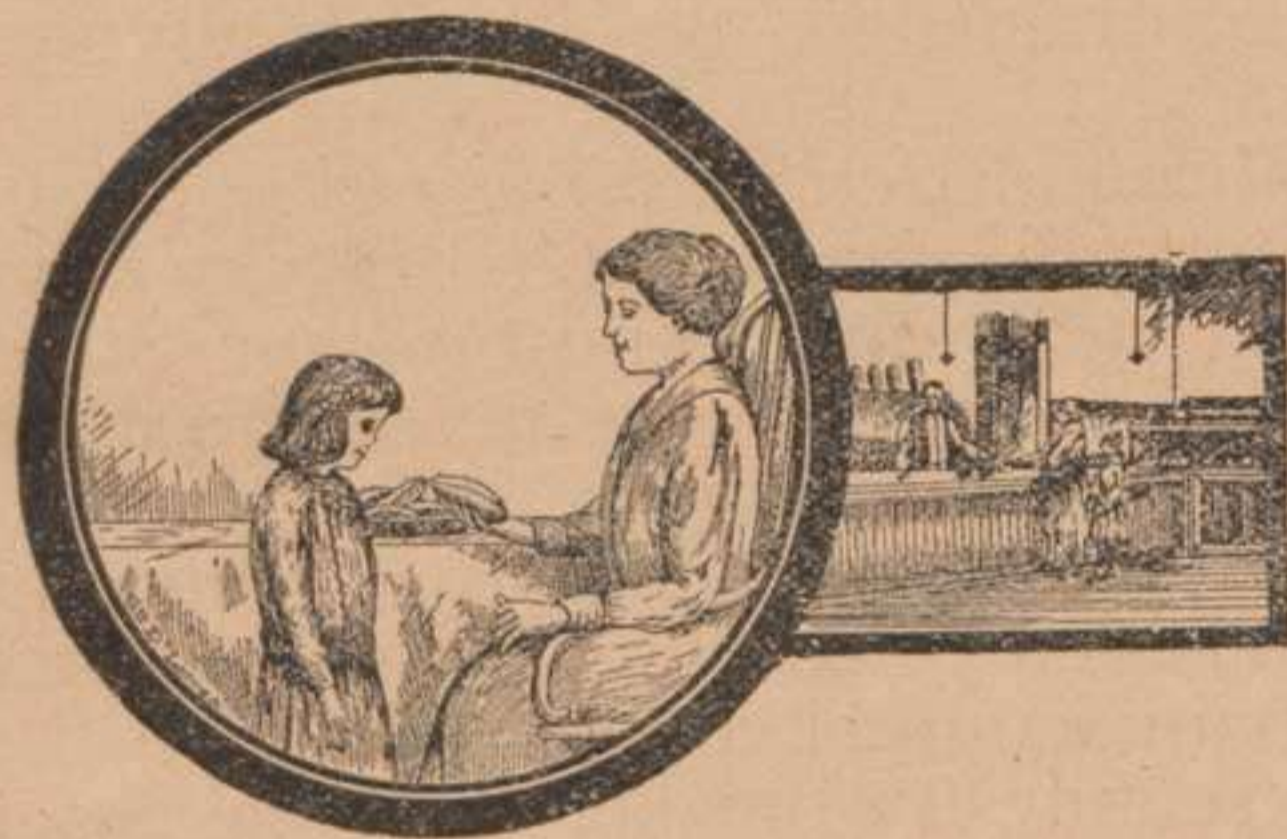


Las niñas que comen bien, hacen ejercicio y madrugan, tienen hermosa mirada, llena de vida, y los labios encendidos.

Para tener una dentadura blanca y sana,

fuerza es limpiarla a diario con un cepillo suave y polvos finos que no rayen el esmalte.

Conozco a una niñita hermosa como un ángel y buena como pocas; y, sin embargo, esta niña está siempre aislada de sus compañeras, porque todas temen el mal olor de su boca.



Ese mal olor proviene únicamente del desaseo.

Asead todos los días vuestra boca, después de cada comida, y estaréis libres de ese defecto.

15. EL BUEN CARACTER

El buen carácter es necesario a todos, porque una persona iracunda siempre mal encarada y dispuesta a disgustarse por la menor contrariedad, se hace repugnante y odiosa.

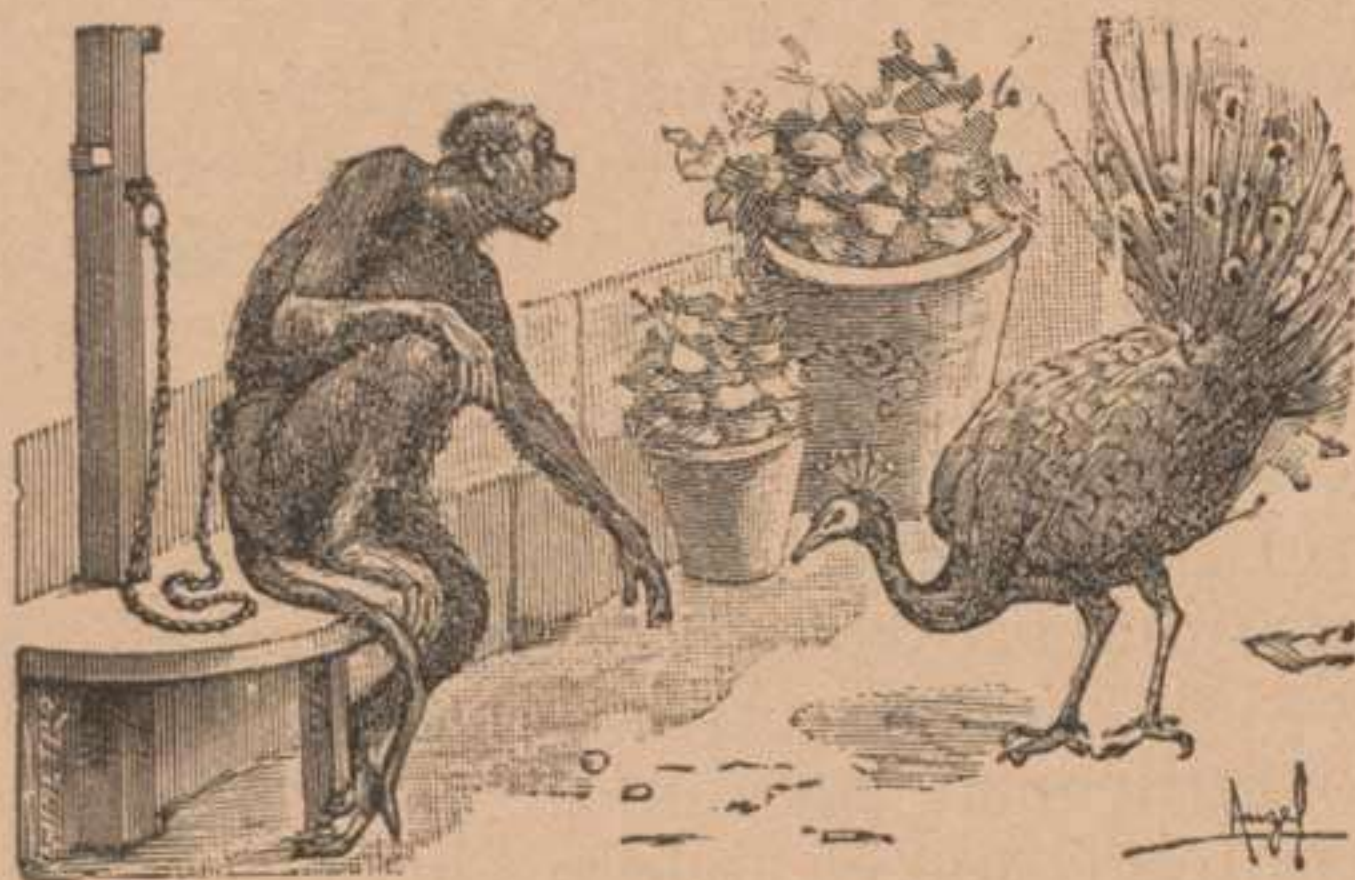
Sobre todo, en las niñas es donde se hace indispensable un carácter dulce y apacible.

Una niña que siempre tiene su carita amable y sonriente, que no se enoja con sus compañeritas, que no se impacienta a cada momento, se hace simpática y agradable.

Una niña colérica, enojona, que siempre está frunciendo el ceño en señal de disgusto y que se muestra huraña con todos los que le dirigen la palabra, se hace antipática y ridícula.

Las niñas que tienen buen carácter son queridas por su familia, por sus maestras, por sus condiscípulas y con todo el que tiene la dicha de tratarlas.

16. EL PAVO Y EL MONO



Un pavo un espejo halló,
y por ver su gallardía,
acercóse a una bujía
y la cola se quemó.
Cierta mono que escuchó
sus lamentos de amargura,
viendo su triste figura,
le dijo con mucho gusto:
“Siempre halla castigo justo
la vanidosa locura.”

J. ROSAS.

17. EL ESPEJO

Antonio y su hermana tuvieron la curiosidad de mirarse en el espejo de su mamá. Antonio tenía un rostro muy agraciado y sonrió contemplando su imagen; pero Paulina, en cuyo semblante se veían las huellas de la viruela, se echó a llorar examinando sus rasgos reflexivos un poco ajados.

La madre llegó en aquel momento y les dijo:—Mi querido Antonio, haces muy mal en orgullecerte de una belleza pasajera; guárdate de que el vicio no la destruya antes de tiempo. Y tú, mi querida Paulina, consuélate pensando que hay algo muy preferible a la hermosura del cuerpo y es la del alma.

La belleza del rostro se marchita,
la del alma jamás, que es infinita.

SCHMID.

18. PENSAMIENTOS SOBRE LA OCIOSIDAD Y EL TRABAJO

La llave que se usa continuamente, está siempre lustrosa.

La zorra que duerme no caza gallinas.

El tiempo perdido no se vuelve a hallar jamás.

La pereza marcha con tanta lentitud, que la pobreza no tarda en alcanzarla.

El hambre pasa por delante de la puerta de la casa del hombre laborioso; pero no se atreve a entrar en ella.

Levántate al amanecer, para que el sol, al mirar la tierra, no diga: "He allí un holgazán que duerme."

No dejes para mañana lo que debes hacer hoy.

Una gota de agua, cayendo constantemente sobre una piedra, la taladra. Sé como la gota de agua.

19. HAY QUE RESPETAR A NUESTROS PADRES

Nuestros padres han cuidado de nosotros desde el día en que nacimos.

Ellos no han temido hacer los mayores sacrificios, con tal de vernos sanos, felices, satisfechos en nuestro menor deseo.

Nuestro padre acaba con su vida, trabajando para rodearnos de cuantas comodidades le sea posible conseguirnos.

Nuestra bendita, idolatrada madre, nos colma de caricias, nos guía con sabios consejos y sólo es feliz cuando nosotros gozamos.

Recordemos la vieja copla:

Junto a la puerta del templo
cantaba un ciego ayer tarde:
—“No hay en este mundo, amor
como el amor de una madre.”

Nuestros padres son los ángeles que Dios ha puesto en la tierra para que con sus cuidados y caricias nos hagan buenos y felices;

son nuestro apoyo, nuestra alegría, nuestra felicidad.

Hay, pues, que respetar a nuestros padres, hay que bendecirlos, hay que idolatrarlos.

—*—

20. LA PEQUEÑA INDISCRETA

Andrea es una niña muy aplicada, que sabe leer, escribir y coser muy bien.

Pero tiene un defecto muy feo: es muy curiosa.

La curiosidad es muy buena cuando por ella se llegan a saber cosas útiles. Muy mala, si se dedica a averiguar cosas que no nos importan.

Y esta curiosidad mala es la que siente Andrea.

Cuando dos personas hablan, procura oír lo que dicen.

Si mira una carta, quisiera enterarse de su contenido. Y muchas veces anda asomándose por las rendijas de las puertas o los agujeros de las cerraduras, para ver lo que pasa dentro de las casas.

Nadie quiere hacer nada ni decir nada delante de esta niña indiscreta, por temor de que lo vaya a contar.

La indiscreción es un defecto de que deben huir las niñas.

—*—

21. LA LUCIERNAGA

(Canción de niños)

—Dinos, dinos por favor,
dinos, rubio querubín,
¿qué cosa son las luciérnagas
que vagan por el jardín?

—Son estrellitas del cielo
que se resbalaron de él,
de tanto asomarse a oír
vuestro armonioso rondel.

—Ven a decirnos, querube
que el cielo estrellado escalas,
¿qué cosa son las luciérnagas?
¿son farolitos con alas?

—Son chispas de las hogueras
de un leñador, que a la fronda

se han venido de paseo
para escuchar vuestra ronda.

—Di, buena luciernaguita
de verde luz que destella,
dinos, por favor, quién eres,
¿eres chispita o estrella?

—No soy ni estrella ni chispa,
oh muchachito travieso;
adivina, ¿seré lágrima?
adivina, ¿seré beso?

MIGUEL LÓPEZ DE HEREDIA.

—*—

22. LA LECHE

La leche es un líquido de hermoso color blanco, con que alimentan a sus crías los animales vivíparos.

La leche es un alimento tan sano y nutritivo, que pueden tomarlo, sin que les dañe, los niños, los ancianos y aun las personas enfermas.

Casi todos tomamos en nuestro desayu-

no leche con café, o leche hervida con chocolate.

La leche que tomamos más a menudo es la de vaca; pero también se toma la de cabra, la de oveja y la de burra; y hay ocasiones en que el hombre acude para su alimentación a la leche de camella y a la de llama.

Dejad reposar la leche durante algún tiempo, y se formará en su superficie una capa amantequillada sabrosísima: es la nata o crema.

Los niños se encantan comiendo su pan untado con nata y espolvoreado con azúcar.

—*—

23. UTILIDADES DEL NOPAL

Nadie creería que una planta humilde y vulgar en nuestra República, como es el nopal, prestara tanta utilidad.

Sus hojas, carnosas y sembradas de espinas, son recogidas con cuidado cuando están tiernas, y sirven de alimento a los indígenas y para preparar algún guisado de vigilia.

El fruto del nopal no es otro que la sabrosísima y fresca *tuna*, que con tanta delicia paladeamos, ya como simple fruta o formando parte de ricos licores fermentados.

El nopal presta también utilidad a la industria, pues en sus hojas se crían unos pequeños insectos llamados *cochinillas*.

Cuando las cochinillas son ya muy abundantes, se raspan con un cuchillo las hojas del nopal para que se desprendan, y luego se secan en un horno.

Con las cochinillas se prepara una hermosa tintura de color rojo.



24. LUISA LA GOLOSA

Un día, el padre de Luisa trajo una botella llena de ácido sulfúrico que iba a emplear en su taller.

La puso sobre una mesa y salió al arreglo de un negocio.

En esos momentos llegó Luisa y vió la botella.

—¿Qué será? ¿Será miel? Voy a probarlo.

Y diciendo y haciendo, destapó la botella, y se preparaba a echar un trago, cuando su papá volvió.

—¿Qué haces, tonta?—le dijo arrebatándole la botella.—¡Esto causa la muerte si se bebe! ¿Cuándo se te quitará la manía de andar probándolo todo y, lo que es peor, de comer o beber lo que no te han dado?

Luisa, aterrada, se puso a llorar y prometió no volver a probar las golosinas.

—*—

25. LOS UTILES DE COSTURA

Mirad con atención una canastilla de costura, y por ella podréis calificar perfectamente a la dueña, aun sin conocerla.

La canastilla de costura de una niña cuidadosa y limpia siempre estará arreglada y con todos los útiles necesarios: el dedal, el canutero con las agujas, las tijeras, las bolitas de hilo para hilvanar y el carrete de hilo para las costuras.

En cambio, mirad la canastilla de una

niña desaseada y poco curiosa: el hilo está hecho una maraña, el dedal machucado, las tijeras no se encuentran.



Tened siempre en orden vuestra canastilla de costura, si no queréis veros en la necesidad de coser sin dedal, como las desaseadas, o tener que molestar continuamente a las compañeras, pidiéndoles una hebrita de hilo o una aguja prestada.

26. EL RELAMPAGO Y EL ARCO IRIS



—Envidia mi luz, mi gloria,—
al iris hermoso un día
le dijo con alegría
el relámpago fugaz.

Pero el iris le contesta:

—Tu vago fulgor no anhelo;
tú anuncias al hombre, duelo,
yo soy un signo de paz.

J. ROSAS.



27. LAS COMPAÑERITAS

Rosalía gusta mucho del juego; pero nunca juega sola, sino con niñitas de su edad.

Sobre todo, siente mucho gusto cuando juega con sus amiguitas Guadalupe y Matilde, que viven muy cerca de su casa.

Algunas veces toma parte en los juegos una niña muy alegre y agradable que vive en una quinta vecina y que de cuando en cuando visita a los papás de Rosalía.

Unas veces saltan la cuerda, otras juegan con sus muñecas debajo de los árboles del jardín.

Y lo mejor de todo esto es que nunca se disgustan y que en sus juegos siempre se nota una simpática armonía.

Y así debe ser. Las niñas discolas que introducen el enojo en los juegos, acaban por hacerse aborrecibles y nadie las quiere.

28. CARIDAD PARA CON LA MAESTRA



La maestra estaba enferma; un agudísimo dolor de cabeza la tenía casi imposibilitada para atender, como siempre, a sus deberes.

Las alumnas copiaban en sus pizarras un párrafo de su libro de lectura, mientras la infeliz señora, apoyados los codos sobre la mesa, oprimía su cabeza entre las manos.

Pasado un rato, algunas niñas se fastidiaron de escribir y empezaron a hablar.

La maestra levantó la cabeza y suplicó a las niñas que guardaran silencio, porque una

jaqueca horrible no le permitía ni hablar.

Las niñas que amaban mucho a su maestra se compadecieron, tuvieron caridad para con la querida enferma, y guardaron silencio y orden hasta la hora de salida.

Aquellas niñas se condujeron bien y demostraron que eran capaces de abrigar en su corazón sentimientos nobles.

29. PENSAMIENTOS SOBRE LA ECONOMIA

No basta saber ganar el dinero; lo importante es saber ahorrarlo.

Los locos dan festines y los cuerdos son los convidados.

Si no tienes necesidad de una cosa no la compres, aunque te la vendan barata.

Las telas de seda, de oro y plata y los terciopelos, apagan el fuego de la cocina.

El que saca del bolsillo y no lo repone, pronto llega al fondo; y cuando el pozo está seco, se conoce lo que vale el agua.

Ahorra para el tiempo de la vejez: el sol de la mañana no dura todo el día.

Es mejor acostarse sin cenar, que levantarse con deudas.

30. NO SEAIS IMPACIENTES

Hay muchas niñas que no pueden esperar, que son muy impacientes.

Entre las niñas impacientes podría contarse a la pequeña Elvira, que sufrió no pocas contrariedades por no saber esperar.

Un día la abuelita de Elvira hizo una lindísima muñeca en cera y se la dió a su nieta.

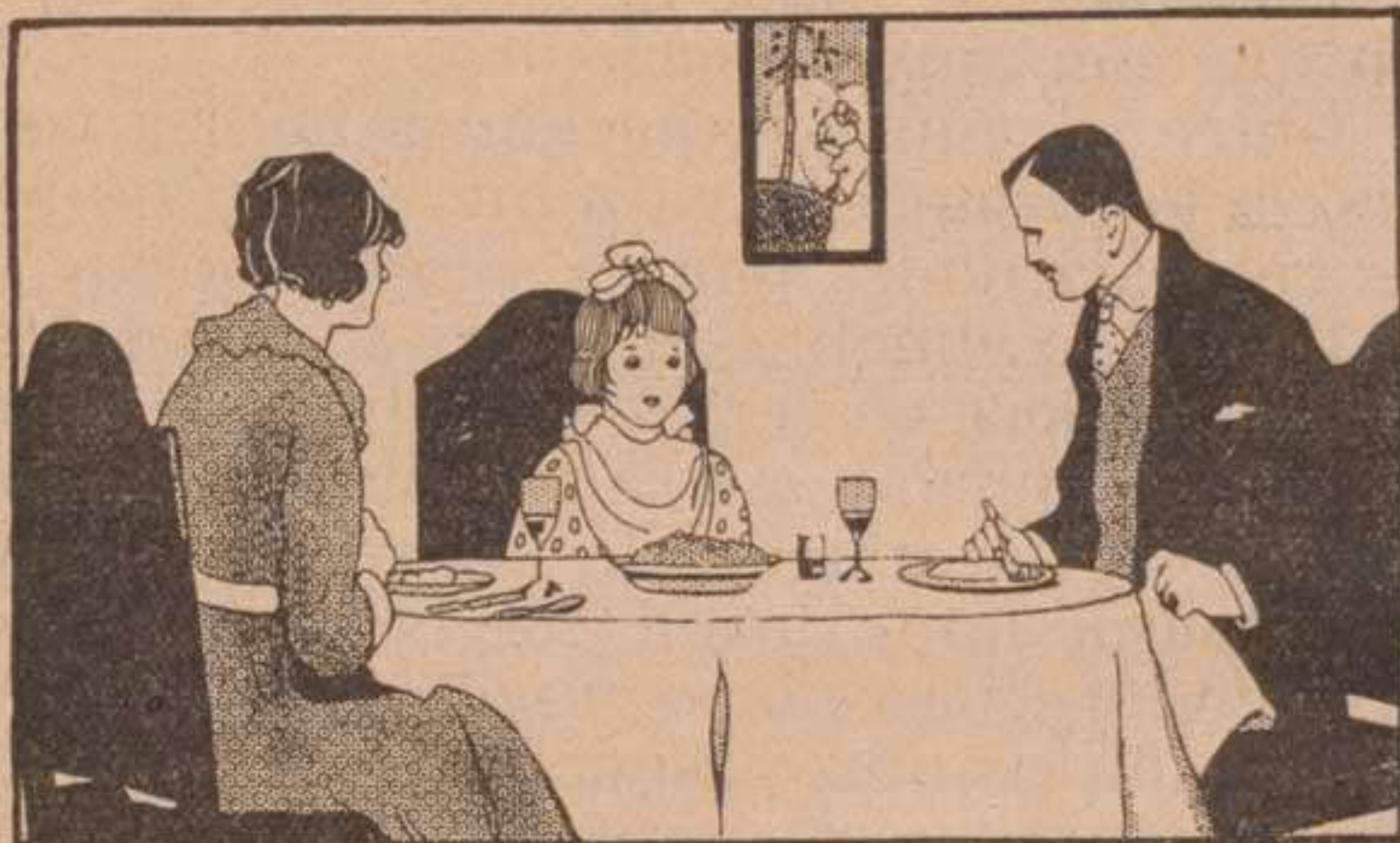
La niña quiso ponerse a jugar con su muñeca; pero la abuelita le indicó que había que esperar unos días a que la pasta de cera se endureciera por completo.

La niña no quiso esperar y, para que se-
cara en un momento, creyó oportuno ponerla al sol.

A los pocos momentos, la muñeca, derretida por el calor del sol, perdió por completo su linda figura, y la pobre Elvira tuvo que llorar su impaciencia.

Es conveniente saber esperar, no ser impacientes.

31. UNA NIÑA BIEN EDUCADA



Realmente causa verdadera satisfacción ver comer a la pequeña Rosalía. Esta niña ha sido perfectamente educada por sus padres, pero nunca luce tanto su finura y cortesía, como a las horas en que se sienta a la mesa.

Ella misma cuida de colocarse la servilleta que preservará la limpieza de su vestido; aunque sabe cuál es el lugar que le está destinado en la mesa, no se atreve a

sentarse antes que las personas mayores; hace un uso enteramente correcto de sus cubiertos, y espera prudentemente a que le sirvan, sin intentar jamás ser la primera.

En suma: los padres de Rosalía no temen que la niña se siente a la mesa delante de personas de cumplimiento, porque tienen la seguridad de que está bien educada.



32. LAS AMAPOLAS

Las amapolas son unas flores de precioso aspecto.

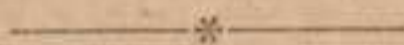
Son unas flores que nacen especialmente al borde de los lagos u otros lugares donde hay mucha humedad. En el lago de Xochimilco, uno de los lugares más bellos de México, las hay con profusión.

En el centro de la amapola se encuentra una cápsula verde llamada adormidera, que encierra la semilla de la planta.

De la adormidera se ex-

trae el opio, substancia narcótica que produce un sueño profundo; y machacando la semilla, se obtiene el aceite de adormidera, útil a la industria.

En medicina se utiliza el opio a cortas dosis, pues si se toma en cantidades algo grandes, produce efectos venenosos que pueden ocasionar la muerte.



33. DIOS

Yo vi sobre las ramas
Brotar la linda flor,
Y crecer los naranjos
Que mi mano sembró.
—¿Quién da vida a las plantas?
Dí, madre mía.

—Dios.

Yo vi del sol la puesta:
Todo obscuro quedó;
Pero la hermosa luna
Alumbra como un sol.
—¿Quién da luz a los astros?
Dí, madre mía.

—Dios.

Yo vi los pajarillos
Volar en derredor
Y me quedé encantado
Oyendo su canción.
—¿Quién los enseña, madre?
¿Quién los enseña?

—Dios.

Yo, dentro de mí siento,
Madre, una dulce voz:
Me dice que he de amarte
Con todo el corazón.
—¿Quién me hace sentir eso?
Dí, madre mía.

—Dios.

EUSEBIO GUITERAS

34. LOS OJOS

Debemos cuidar mucho nuestros ojos de todo lo que pueda lastimarlos.

Las enfermedades que vienen a los ojos son muy molestas y difíciles de curar.

No abuséis de la vista, cosiendo o leyendo en sitios de escasa luz o a la luz de una lámpara de petróleo, porque la vista se cansa y a poco tiempo ya no veréis bien.

Hacer por ver al sol frente a frente, o leer cuando el sol baña nuestro libro, son esfuerzos que debilitarán nuestros ojos, exponiéndonos a perder la vista.

Si tenéis los ojos irritados, enrojecidos, lavadlos con agua fresca en la que hayáis echado unas cuantas gotas de limón.

Nunca salgáis violentamente del sitio en que hayáis estado fatigando vuestros ojos con algún trabajo, para pasar a otro lugar más frío.

35. EL CALZADO

Casi todas las niñas procuran ir aseadas a la escuela.

Por la mañana, temprano, tienen cuidado de lavarse la cara, las manos, el cuello y los brazos.

Cuidan también de que su cabello esté bien peinado, y hacen por conservar sus vestidos limpios y sin que se ajen.

Sin embargo, hay niñas que, por más que se esmeren, no se ven tan aseadas como debieran verse, y es que olvidan el aseo de su calzado.

Hay que tener gran cuidado de asearse bien el calzado.

Aunque los zapatos sean finos y estén nuevos, se ven feos, y viejos cuando están sucios.

El calzado aseado y brillante disimula su vejez y fealdad.

36. EL AZUCAR

El azúcar es uno de los productos más útiles que nos proporciona la industria.

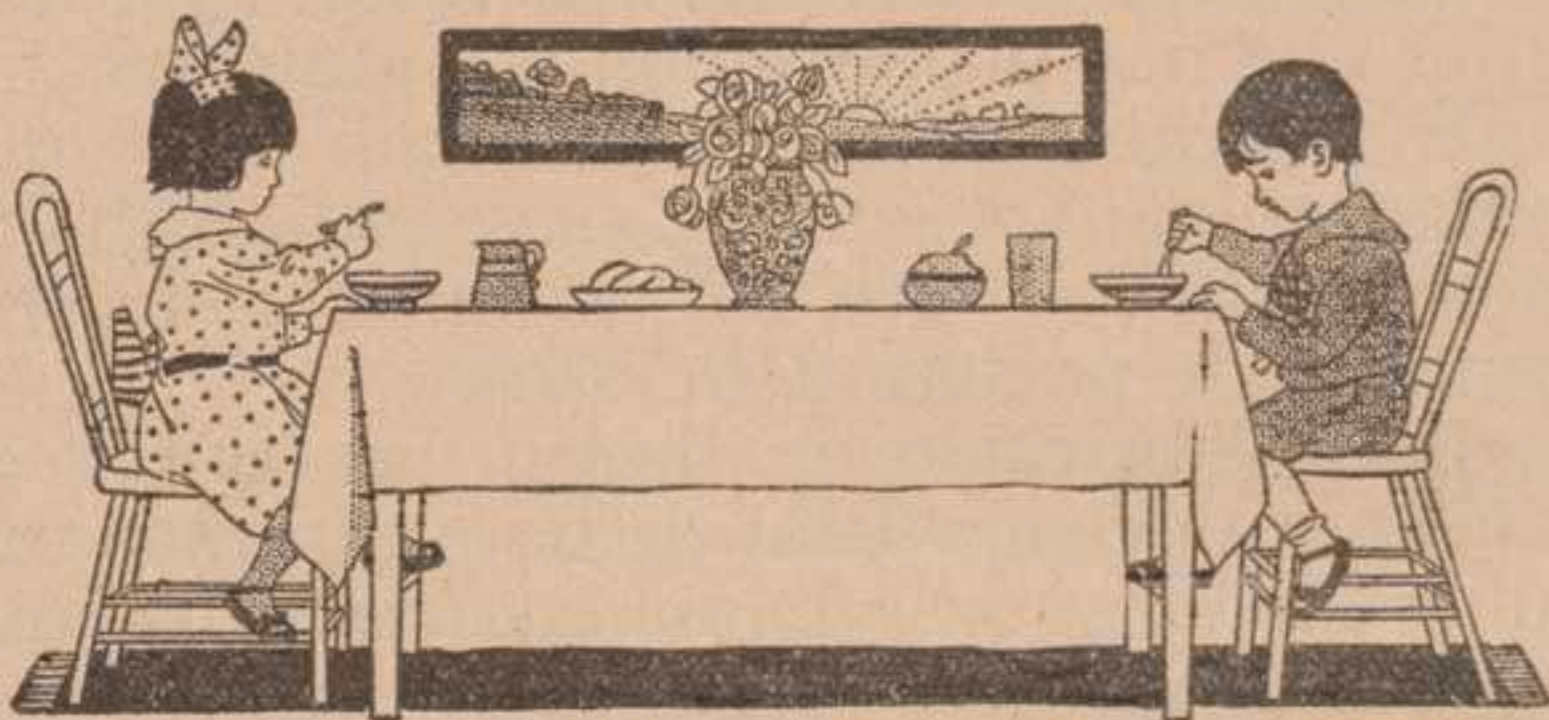
El azúcar endulza el café con leche que tomamos en el desayuno, sirve para la fabricación del chocolate, de los dulces y de otra multitud de postres deliciosos.

Para fabricarlo, se llevan las cañas de azúcar, ya desprovistas de hojas, a unas máquinas trituradoras llamadas *trapiches*, que extraen de la caña el jugo azucarado.

Este jugo se recoge en grandes tinajas, y se lleva después a unas calderas calentadas por vapor, y cuando el líquido está bastante espeso se le pone a enfriar, para que cristalice.

El azúcar así obtenido es de color moreno, y es el más propio para endulzar. Si se le refina y clarifica adquiere un hermoso color blanco, pero endulza menos.

37. CORTESIA EN EL HOGAR



Todo el mundo conviene en que hay que ser cortés para poder lograr el aprecio y la simpatía de nuestros semejantes.

A cada paso nos encontramos personas que nos dicen que debemos ser siempre afables y respetuosos para con los de mayor edad; que no se debe correr en la calle; que si alguien afirma alguna cosa no vayamos a desmentirlo de una manera torpe y grosera.

Todas estas reglas de urbanidad y cortesía son muy buenas; pero no hay que olvidar que no sólo deben observarse en la ca-

lle o en las reuniones a que asistimos, sino que hay que ser también corteses en el hogar.

Una niña que en su misma casa tiene modales finos y correctos, que es afable y comedida con sus padres, con sus hermanos y aún con los criados, es una verdadera presea y es apreciada como joya de inmenso valor.

—(*)—

38. JUEGOS PESADOS

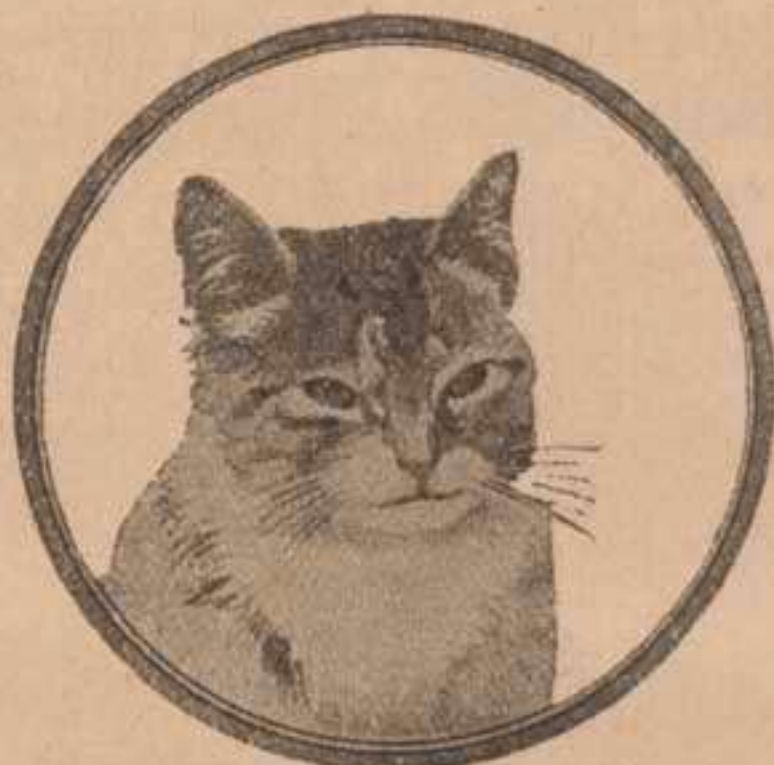
Jugaban en cierta ocasión un perro y un gato. Ambos eran buenos amigos y se querían mucho, en fuerza de vivir juntos largo tiempo.

Enarcaba el gato su sedoso lomo, pegaba al perro con su aterciopelada mano, y éste le contestaba moviendo su cola y pegando también uno que otro ligero manotazo.

Corría el perro, y el gato se lanzaba tras de él hasta alcanzarlo y subírsele en el lomo, y así fueron entusiasmándose en el juego.

De pronto, el gato arañó toscamente al

perro, que lanzó un gruñido; el gato volvió a dar otro arañazo, y el perro volvió a advertirle, gruñendo, que ese juego era pesado; pero el gato, necio y tosco, dió otro arañazo.



Entonces el perro dió al gato un terrible mordisco.

Evitad los juegos pesados, si no queréis que os pase lo que al gato.

Juego de manos es de villanos.

39. LAS MANOS



Tened presente a todas horas que vuestras manos deben estar siempre muy aseadas.

Si en el hombre son feas unas manos poco limpias, el desaseo en las manos de una mujer es imperdonable.

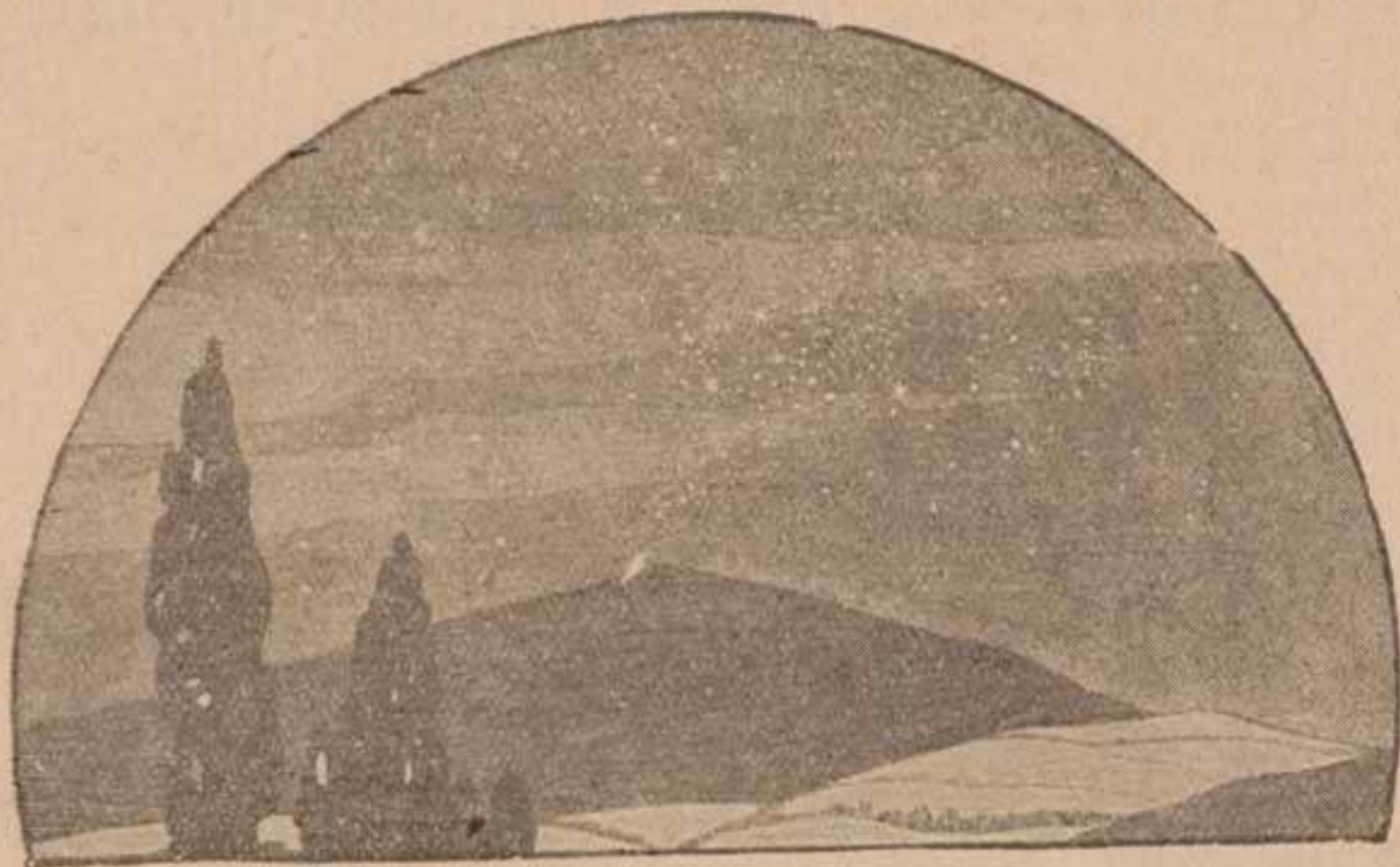
Las niñas tienen que hacer costuras en blanco y otras labores que no salen bien si las manos están sucias.

El plato mejor condimentado, inspira asco, si ha sido hecho por manos poco aseadas.

Nada causa tanta repugnancia como el dar la mano a una persona que tiene continuamente sudosas o ásperas las manos.

Si queréis tener vuestras manos suaves y evitar en ellas el excesivo sudor, lavadlas diariamente con agua en la que hayáis remojado una bolsita de trapo llena de salvado.

40. EL CIELO



Fijaos en el cielo, y veréis que siempre nos presenta aspectos hermosos que admirar.

En tiempo de verano lo encontraréis encantador, con color azul bañado en sol o ataviado con el blanco encaje de las nubes.

En una noche serena de invierno lo encontraréis de un hermoso color azul intenso, sin una nube que pueda velar el regio manto que le forman los luceros.

A la hora del crepúsculo, cuando el sol

se oculta detrás de las montañas, el cielo se cubre con celajes primorosos, en que podemos admirar la nivea blancura de las nubes.

Contemplad el cielo y no podréis menos que admirar y sentir la grandeza de Dios.



41. LAS MOSCAS



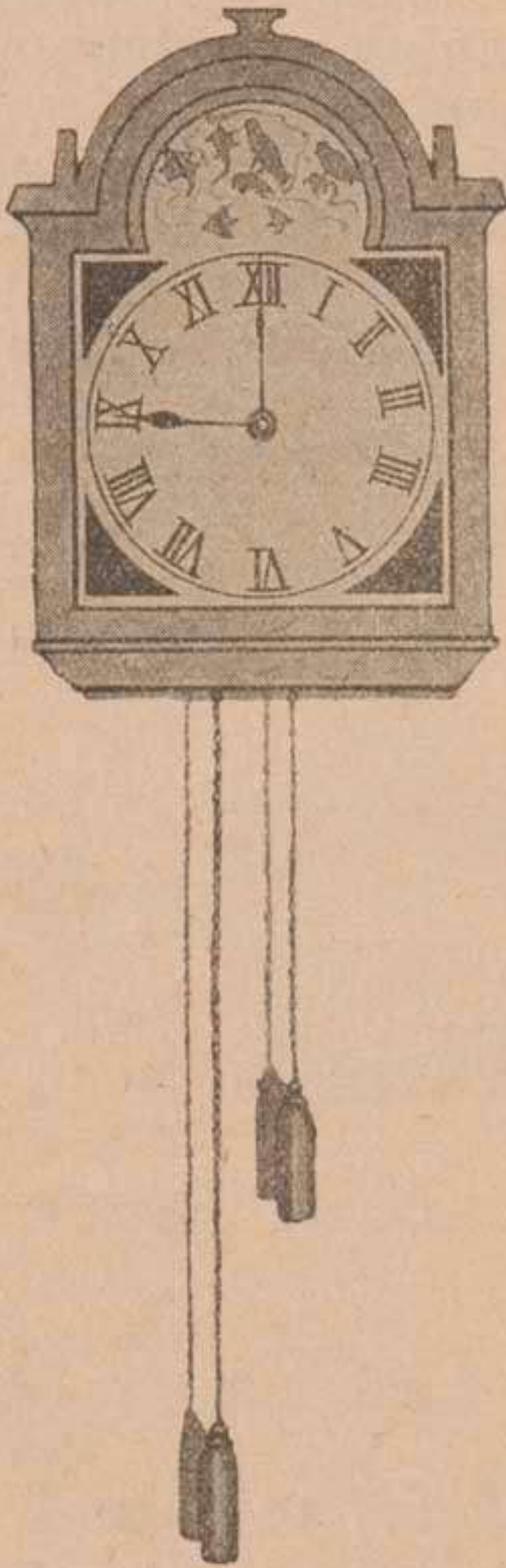
Cuando se acerca el tiempo de los calores, hay que prevenirse contra las moscas. Son éstas, insectos perjudiciales que es preciso destruir, para evitarnos muchos peligros.

Por las moscas podemos contraer el contagio de muchas enfermedades, como el

vómito, la viruela y otras, pues estos animales se ponen en contacto con los enfermos, y después se posan sobre nosotros y pueden comunicarnos el mal.

Las moscas depositan sus numerosos huevecillos en los sitios sucios y húmedos; donde haya desaseo y descuido, allí seguramente caerá la plaga de tan molestos animales.

Algunas personas recurren a la flor de chícharo para destruir las moscas; otras acuden al papel matamoscas; pero la verdad es que el mejor remedio consiste en el aseo.



42. EL RELOJ

El reloj es una de las cosas que son indispensables en una casa.

El reloj mide el tiempo de una manera precisa, y nos recuerda con sus campanadas lentas y sonoras, que hay que aprovechar los minutos que van pasando, que tenemos obligaciones que cumplir a tiempo fijo.

El horario marca las horas y el minuterero, que es la manecilla más grande, marca los minutos.

Mientras el horario recorre el espacio que hay de número a número en la carátula, el minuterero da una vuel-

ta completa para señalar los sesenta minutos de que se compone una hora.

Duermen las niñas tranquilamente; pero el reloj está alerta, y haciendo sonar su campana despertadora a la hora precisa, parece decir con sus violentas vibraciones:

Niñas, ¡ya es hora! Hay que levantarse para llegar a tiempo a la escuela.

—(*)—

43. EL VESTIDO

Según la época del año, el vestido que nos cubre tiene que cambiar de clase de tela, de forma y aun de color.

Las mamás tienen buen cuidado de resguardar a sus hijitas del frío, poniéndoles vestidos de telas de lana, eligiendo colores que no sean muy claros y procurando que la forma de los vestidos sea poco amplia, a fin de que abriguen mejor.

En la primavera, cuando los días son templados o cálidos, entran en uso telas ligeras, prefiriéndose las de algodón o las de lino; los vestidos se ven amplios, vaporosos, y las ni-

ñas lucen sus trajes claros con encajes.

La clase y hechura de los vestidos cambian con las estaciones del año.



Así, pues, hay vestidos de invierno, vestidos de verano y vestidos de media estación.

44. MADRUGA Y SERAS FELIZ



Niña que se levanta temprano, al despuntar el día, es, sin duda, sana y feliz.

La exageración en el dormir produce el agotamiento de las fuerzas, el entorpecimiento de la inteligencia, la falta de salud.

Fijaos en una niña madrugadora y veréis que luce en sus mejillas el fresco y hermoso tinte de la rosa; toda ella respira salud y alegría.

El día que parece corto para tantos quehaceres como hay que desempeñar, alcanza perfectamente para que una niña madrugadora prepare sus lecciones, asista a su escuela y disfrute de gratas horas de recreo.

La pereza no tiene tiempo para nada;

se siente amodorrada y floja, y su fisonomía toma un aspecto enfermizo, lánguido.

No en vano las buenas madres, que siempre buscan el bien de sus hijitas, les dicen con acento cariñoso:

—Madruga, hija mía; levántate con el sol, y te sentirás llena de vida y de felicidad.

—(*)—

45. LA FLOR DE LA SALUD

Así dice un antiguo cuento:

Hubo una vez un joven, pálido y enfermo, cuya salud empeoraba diariamente.

Llamado el médico para curarlo, dijo que la única medicina que podría devolverle la salud, era una flor que se encontraba en los campos, únicamente en las primeras horas de la mañana.

Para que el joven enfermo encontrara esa flor, sería preciso que ya no se levantara tarde, sino al contrario, muy de mañana, y que en vez de quedarse en la cama después de despertar, saltara de ella y fuera a recorrer los campos en busca de la maravillosa flor.

Así lo hizo el joven, y al sacudir la pereza y levantarse temprano para hacer ejercicio, recobró la salud. Su rostro pálido volvió a tener hermoso color, y entonces el mé-



dico, poniéndole al frente un espejo para que en él viera su rostro sano, le dijo que aquella era La Flor de la Salud.

46. LA LLUVIA



¡Qué hermosa y qué benéfica es la lluvia! Cuando el calor nos agobia, cuando las plantas languidecen y se desmayan por falta de jugo que las nutra, cuando el aire seco y ardiente parece que pesa sobre nuestro pecho, ¡cómo pedimos al cielo que mande sobre la tierra una lluvia refrescante!

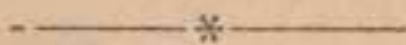
¿No habéis admirado alguna vez el magnífico aspecto que presenta el campo después de un fuerte aguacero? La vegetación luce fresca, lozana, limpia; la luz del sol parece brillar con más intensidad, y ríe descompuesta en los colores del iris, al atravesar las

brillantes gotas de agua, que tiemblan suspendidas en las hojas de las plantas.

La lluvia ha limpiado y refrescado el aire; se percibe un perfume de tierra húmeda, que se mezcla al perfume de las flores.

Los pajarillos cantan y revolotean posándose de rama en rama; todo en la naturaleza aparece alegre y lleno de vida, y hasta nosotros nos sentimos más contentos.

¡Bendita sea la lluvia! ¿Qué sería de la tierra sin ese riego abundante y sano que nos manda el cielo? Ella aumenta el caudal de los ríos y de los arroyos que fertilizan los campos, ella favorece la germinación de las semillas regadas en los surcos, ella purifica nuestra atmósfera.



47. LAS METAMORFOSIS

(CANCION DE NISOS).

¿Buscas perfume
tan afanosa?
Yo me convierto
para ti, en rosa.
¿Seca tus labios
el sol de estío?
He de volverme
para ti, río.
¿Te acalorizas
cuando el sol sube?
Ven a mi sombra,
que seré nube.
¿Buscas, de noche,
algún capullo?
Para alumbrarte
seré cocuyo.
¿Es tu deseo
que haya una hoguera?
Ven, prenderemos
mi cabellera.
¿Qué más anhelas?
¿bogar, bogar?
Yo, con mis lágrimas,
te daré un mar.



MIGUEL LÓPEZ DE HEREDIA.

48. MEXICO

México es el bello país donde nacimos; es la fértil y galana tierra que nos proporciona cereales ricos y abundantes, frutos riquísimos, flores perfumadas y de variados colores.

En los frondosos bosques de nuestro país encontramos en profusión maravillosa las maderas más codiciadas y exquisitas, y en él podemos admirar la más rica y primorosa colección de aves y bellísimos ejemplares de los demás grupos del reino animal.

México es nuestra patria, y ningún otro país nos inspira un cariño tan profundo, una veneración tan grande.

Esa tierra cubre los restos de todos aquellos benditos mártires que murieron defendiéndonos del dominio de un pueblo extranjero; bajo ella dormirán para siempre, algún día, nuestros idolatrados padres y nuestros hermanos, y a su seno bajaremos nosotras también, quizá muy pronto.

Niñas, quered mucho a México, no olvidéis que ha sido vuestra cuna y la de los se-

res más queridos para vosotras; recordad que a expensas de la patria estáis adquiriendo la instrucción que más tarde hará vuestra felicidad.

Pensad que para que nuestra patria fuera dichosa, como hoy lo es, fué necesario que muchos de nuestros compatriotas dieran su vida en los campos de batalla.



49. TRABAJA Y VENCERAS

—¡Dios mío!—exclamaba Rosalía en el colmo de la desesperación.—¿De qué sirve que en la escuela ofrezcan un premio a la que dé bien la clase, si nos han puesto una lección tan larga que es imposible aprenderla? Llevo una hora de estar estudiando, mamá, y no puedo pasar de este pedacito.

—No te desesperes, hija, que con eso no lograrás sino perder el tiempo—dijo la mamá con tono persuasivo.

Si el primer párrafo de la lección ha podido quedar en tu memoria, no dudes que lo mismo pasará con la lección entera;

pero procura tener calma, no te impacientes, repite la lectura de tu lección con todo detenimiento una o dos veces; puede ser que el tercer repaso lo puedas dar ya a la memoria; ¿que no se puede? Pues a repasar por cuarta vez, y si fuere necesario, da el quinto repaso.

Si a pesar de los cinco repasos no has aprendido sino una corta parte, cierra tu libro, descansa unos momentos y después... vuelta a repasar.

Anda, ven, estudiaremos juntas tu lección y verás cómo la aprendes; pero no te enfades, que ese enfado tan feo de nada sirve.

A la media hora de estudio, la niña no cabía en sí de gozo, pues la lección estaba aprendida, y la mamá le decía, llena de cariño:

—No lo olvides, hija: para vencer dificultades no hay más que trabajar.

50. EL CARACOL

Haz, hija mía—siguió diciendo la mamá de Rosalía—como cuentan que hizo un niño que igual que tú, no podía aprender su lección.

—Ese niño vió cómo un caracol subía por una pared, muy lentamente. La pared era muy alta y el caracol marchaba muy despacio, deteniéndose a veces un instante para volver a subir. El niño advirtió cómo poco a poco el caracol iba subiendo, subiendo, y naturalmente, cada vez estaba más cerca de la orilla de la pared, a donde sin duda alguna llegaría.

Entonces el niño se puso a estudiar y poco a poco fué aprendiendo su lección. Después de un buen rato de estudiar con calma, levantó la cabeza para ver al caracol, el cual se encontraba ya al borde de la pared. Entonces repitió de memoria su lección y vió que la sabía perfectamente.

Prosigue estudiando, hija mía, como aquel niño, enseñado por el ejemplo del caracol, y verás que pronto sabrás tu lección.

51. UTILIDAD DE LAS PLANTAS



Rosalía compadece de todo corazón a su pobre abuelita por el trabajo inmenso que tiene todos los días en arreglar el comedor.

La niña se admira de la paciencia con que la buena anciana quita de las macetas las hierbas que pueden perjudicar el crecimiento de una planta, poda las ramas secas para que los renuevos vengan con más fuerza y para que la forma de la planta no se vicie, y quita las hojas secas y los insectos que pueden perjudicarles.

Como Rosalía tiene buenos sentimientos y quiere mucho a su abuelita, le dice que, ya

que le gustan tanto las flores ella le comprará con el dinero que reúne los domingos, las flores que desee; pero que no se tome tanto trabajo en cuidar las plantas, porque puede enfermarse.

La abuelita agradece la fina atención de su nietecita, pero le hace esta explicación:

—Mira, esta mata de romero que cuido tanto, no sólo sirve de adorno, sino que me sirve para aliviar los dolores de mi reuma; este arbustito de cedrón da hojas frescas y jugosas, que sirven de medicina al estómago; y, por último, todas estas plantas que tanto tiempo me tienen ocupada, purifican el aire que respiramos, y proporcionan a nuestra casa un agradable aspecto. Las plantas son útiles y hacen mucha falta en las casas.

52. EL GATO



Querred mucho al pobre gato, niñas, porque él libra vuestra casa de los perjudiciales ratoncillos.

Educadlo, sí, porque un gato sucio y hueraño es la peor plaga que puede caer en una casa, pero no lo maltratéis.

El gato consentido duerme al calor de la falda de su ama, haciendo un *ron ron* arrullador al sentir sobre su lomo la mano que acaricia su sedosa piel.

Hay mujeres que salen a la calle cargando algo que llevan envuelto en un trapo, ese algo son gatitos recién nacidos que las malas mujeres ponen sobre los rieles, para

que el tren los mate, porque no quieren gatos en su casa.

Otras hay que esperan pacientemente a que los infelices animalitos nazcan, e inmediatamente les quitan la vida a golpes.

No imitéis nunca esos malos sentimientos, esa crueldad; matemos en buena hora a aquellos animales que son indispensables para nuestra alimentación, como las gallinas, los patos, la vaca, el cabrito, etc.; o a los que pueden ser útiles para la industria, como el castor, el conejo, la marta y otros.

También se debe matar a los animales dañinos, como los animales feroces, los ponzoñosos, en fin, los que sean temibles por alguna circunstancia; pero no hay que quitar la vida a animalitos inofensivos que pueden prestar utilidad, si no a nosotros, sí a alguien a quien los regalemos.

53. RESPETO A LA VEJEZ



Si algún anciano doliente
cruza por tu lado un día
y descubres, hija mía,
las arrugas de su frente,

nunca con frases livianas
muevas el labio indiscreto;
nunca faltes al respeto
que se merecen sus canas.

La mundanal arrogancia
fácilmente se derrumba,
y de la cuna a la tumba
es muy breve la distancia.

El viejo tiene su pie
junto a esa tumba sombría;
préstale amparo, hija mía,
mira cuán débil se ve.

Si hoy, con intento siniestro,
apoyo al viejo negamos,
cuando en su edad nos veamos,
¿quién será báculo nuestro?

CAROLINA F. DE JAIMES.

54. TRATA BIEN A LOS CRIADOS



Julia, dejándose llevar de su carácter irascible y orgulloso, ha regañado muy duramente a la pobre criada.

La criada, con los ojos llenos de lágrimas, se retira a la cocina, y entonces la mamá de Julia dice a la niña:

—Has hecho muy mal en tratar con tanta brusquedad a la pobre criada, Julia.

Todos nuestros semejantes merecen que los tratemos con algo de consideración, de

caridad; pero más que a nadie, debemos considerar a los pobres criados.

Piensa que, mientras tú tienes tus ratos de descanso, la criada no dispone de un momento, porque tiene que estar siempre atenta, esperando las órdenes de sus amos.

La gente que se dedica a servir, es gente humilde que viene a buscar su subsistencia al amparo de nuestra casa, y que se sujeta a nuestra voluntad y a nuestras exigencias por un mísero jornal, que apenas le alcanza para medio vestirse.

La niña, conmovida, preguntó a su mamá qué necesitaba hacer para borrar su falta, y la mamá le dijo:

—De hoy en adelante trata bien a los criados y no vuelvas a violentarte con quien, por su situación y por su edad, mayor que la tuya, merece tu consideración.

55. EL TRIGO



Rosalía observa atentamente cómo su mamá grande hace un pastel.

La abuelita amasó primero harina con huevo, un poquito de zumo de limón y unos polvitos de sal.

Después extiende la masa con el rodillo, y corta con los moldes los pastelitos, para meterlos al horno.

—Abuelita—dice la niña,—yo quisiera saber de dónde sacan la harina.

—Del trigo—contesta la abuelita;—tú conoces muy bien el trigo, porque tu mamá siempre que se acerca la Semana Santa, te

llama para que le ayudes a colocar granos de trigo en pequeños platos y a rociarlos con agua de cuando en cuando para hacerlos germinar, y que más tarde sirvan de adorno al altar de la Virgen.

El trigo lo siembran y recogen los campesinos y lo llevan al molino.

El molinero muele el trigo y lo hace pasar, ya molido, por grandes tamices.

La cascarilla de trigo que queda en el tamiz en que se ha cernido la harina, es el salvado que tú me has visto dar de comer a mis gallinas, revuelto con lechuga picada, para que se críen gordas y sanas, y para que sean más ponedoras.

56. HUYE DE LAS MALAS COMPAÑIAS

Cuentan que en cierta ocasión, una paloma joven salió, con permiso de sus padres, a pasear por primera vez lejos del nido.

Cruzó gozosa el caserío donde su nido estaba, y se dirigió hacia un bosquecillo que a lo lejos se veía y que había sido el sitio con que había soñado siempre para su primer paseo.

Cuando hubo llegado al bosque, se paró sobre la rama de un árbol para descansar, y no hacía mucho que allí estaba, cuando pasó un coyote, que le dijo:

—¿Qué haces tan sola, amiga mía? Baja y conversaremos un rato, iremos juntos a dar una vuelta y quedaremos como buenos amigos.

La inocente paloma pensó: “Mi madre me advirtió que no me reuniera a nadie; pero si éste es un buen amigo, no veo inconveniente en pasear con él.”

Y bajó la palomita a pasear con el coyote; pero éste, en cuanto la tuvo cerca, la atrapó entre sus uñas.

Una vieja hormiga colorada, que había presenciado la falsedad del coyote, le dió tan fuerte piquete en una pata, que el animal soltó su presa aullando de dolor, y la paloma pudo escapar, no sin algunas heridas en el cuerpo.

—No olvides—le gritó la hormiga a la palomita, que se alejaba—que debes huir siempre de las malas compañías, y que es preferible andar sola, que exponerse a andar mal acompañada.

57. EL ROCIO



Las niñas de la escuela estuvieron de excursión el viernes de la semana pasada.

Acompañadas de sus amables directora y profesoras, pasaron un día primoroso en el campo.

Antes de sentarse a comer, la directora quiso tener con las niñas una pequeña plática a fin de explicarles algo de lo que más les hubiera llamado la atención durante el viaje.

—Yo desearía saber—dijo una de las niñas—por qué, aunque hoy no ha llovido,

hay flores que están cubiertas de pequeñas gotas de lluvia.

—Está bien—dijo la directora;—ese será el motivo de nuestra conversación.

Esas gotitas cristalinas que lucen sobre las flores, comunicándoles frescura y lozanía, no son gotas de lluvia, se llaman *rocío*, y no son sino el vapor de agua que se encuentra en la atmósfera que, al tocar la superficie fría de los pétalos, se condensa, es decir, pasa al estado líquido, y toma la forma de pequeñas gotas.

Esto, poco más o menos, dijo la maestra; hizo que las niñas repitieran la explicación, y dando por terminada la plática, dió orden de que las alumnas tomaran asiento bajo la sombra de los árboles y que se sirviera la comida.

Poco tiempo después de haber concluído de comer, las excursionistas regresaron a la escuela, llevando en el corazón gratos recuerdos de aquel día.

58. LOS DOS PAVOS

Un hermoso pavo real entró una vez en el corral donde se pasaban disfrutando la más regalada vida un pavo silvestre y otras varias aves.

En cuanto entró el pavo real, todos se pusieron en movimiento: el gallo empezó a lanzar exclamaciones de admiración por la belleza del visitante; las gallinas se preguntaban quién sería aquel gallardo animal, y el pavo silvestre se puso a hacer la rueda, paseándose de un lado a otro del corral, majestuoso, hinchado, con los corales rojos como la escarlata.

Al ver el pavo real la buena impresión que había causado su gallardía y hermosura, se ensoberbeció, y avanzando con insolencia hacia el pavo silvestre, y desplegando el regio abanico de su cola, le dijo:

No entiendo por qué puedas estar tan esponjado y orgulloso, ni sé cómo te atreves a lucir tu mísero plumaje estando yo presente. Mereces el sobrenombre que te han puesto, *Guajolote*.

El pavo silvestre miró al insolente, y le dijo:

—De poca cosa presumes; quítate las hermosas plumas que te adornan, y dime qué queda de útil o de hermoso en ti. Despójame de mi pobre traje y descubrirás mi carne blanca y sabrosa, que sirve de sustento al hombre.

Recordemos las palabras del pavo silvestre, y no despreciemos, por su apariencia, a quien tal vez vale más que nosotros.

—*—

59. LA NIÑA ENVIDIOSA

A la niña Isabel la devora la envidia.

Siempre está de pleito con las compañeras que obtienen mejores calificaciones que ella, y siente crueles sufrimientos, cuando ve que las demás disfrutan de algún placer.

Ese horrible defecto de la envidia ha causado a Isabel muchos disgustos; pero, por fortuna, el otro día recibió una lección que creo servirá para corregirla.

Rosalía escribía cuidadosamente su resumen de la lección de geometría, cuando Isa-

bel, que no acertaba a escribir una palabra, quiso echar a perder el trabajo de su compañera, y sacudió una esponja llena de agua sobre la pizarra de la pobre Rosalía.

Isabel creyó que Rosalía la acusaría ante la maestra, pero, muy al contrario, Rosalía, con toda presteza, sacudió su pizarra para tirarle el agua que le había caído, y después sopló sobre ella, hasta que el líquido se evaporó por completo.

La escritura apareció de nuevo al secarse la pizarra, y entonces Rosalía dijo a Isabel:

—No creo que hayas querido molestarte, porque no te juzgo de mal corazón; esto ha sido sin querer, ¿verdad? Ven, te diré cómo has de hacer el resumen.

Isabel, roja de vergüenza, no respondió palabra; tomó asiento junto a su noble compañerita, y comenzó a escribir lo que ella le dictaba, pensando para sus adentros, “¡Qué buena es Rosalía! ¿Cuándo seré yo como ella?”

60. EL CARIÑO FRATERNAL

Nadie se siente tan feliz como la mamá de Lupe, y la verdad es que tiene motivos para ser dichosa.

Lupe es una niña primorosa que reúne a su hermosura una bondad sin límites; ella es obediente, respetuosa y cariñosísima con sus padres; sus profesoras la aprecian y la ponen como modelo entre las mejores alumnas; y todos los que la tratan convienen en que Lupe es una niña verdaderamente adorable.

Teniendo una hija así, natural es que una madre se tenga por la más feliz de las mujeres.

Y falta que digamos cuál es la virtud que más distingue a esta niña: esa virtud, es el gran cariño que les tiene a sus hermanos.

Hace algún tiempo, una de las hermanitas de Lupe cogió una hermosa muñeca que ésta tenía en gran aprecio, y la hizo mil pedazos; la mamá quiso castigar a la destrozona; pero Lupe se interpuso, pidiendo el perdón para su hermanita.

—No, mamá, no la castigues; yo siento mucho mi muñeca, pero esto ha sido una desgracia. ¡Perdona a mi hermanita!

Y la pobre Lupe se abrazó a su mamá, llorando por su muñeca.

—Está bien, hija mía; perdono la travesura de tu hermana y me siento orgullosa de ti, porque tu alma está adornada con la virtud más santa y más pura: el cariño fraterno.

—*

61. LOS ELEFANTES

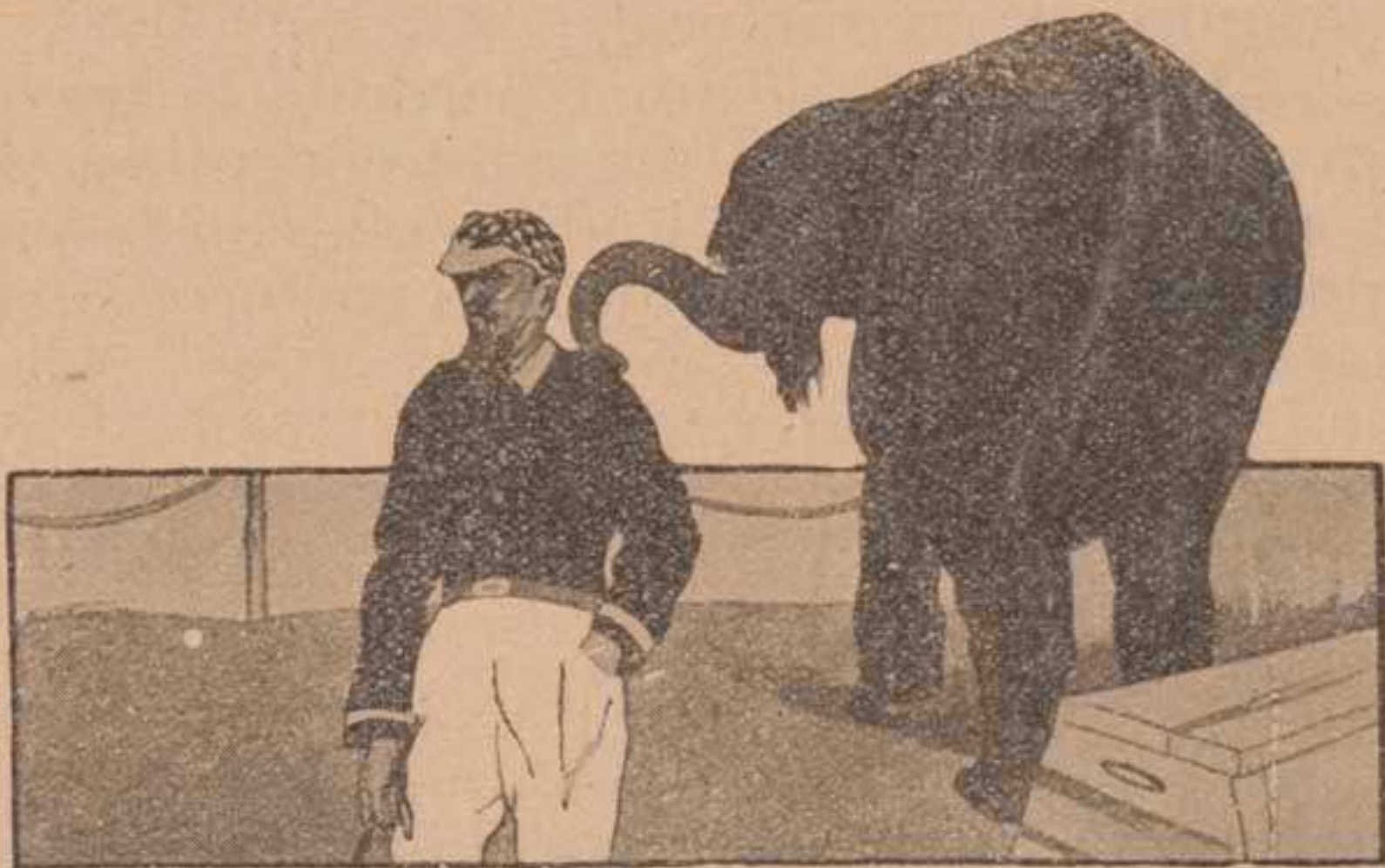
Rosalía fué al circo hace algunas noches en compañía de su tío.

La niña quedó encantada con todos los números del programa; pero lo que más la llenó de admiración fué el trabajo de los elefantes.

No podía explicarse Rosalía cómo aquellos paquidermos enormes, pesados y poco ágiles por naturaleza, habían sido capaces de aprender ejercicios tan divertidos y variados.

Obedeciendo las órdenes de su domador,

los elefantes recorrían el contorno de la pista, marcando, con sus patas gruesas y toscas, el compás de cadenciosa pieza de baile que tocaba la orquesta.



El domador iba sentado sobre la cabeza del más corpulento de los elefantes, obsequiando de cuando en cuando a su obediente subordinado con terroncitos de azúcar o con frescas naranjas.

Rosalía quedó verdaderamente maravillada de los múltiples ejercicios que hicieron los elefantes, y cuando, al salir del circo, manifestó a su tío sus impresiones, éste dijo:

—Los elefantes que tanto te han llamado

la atención, han podido vencer la torpeza de sus movimientos, porque son animales sumisos, obedientes, de gran inteligencia y cariñosos con sus amos.

En algunas partes, los elefantes sirven de cabalgadura.

—*—

62. LA NIÑA HUERFANA



Han pasado muchos años y no olvido la impresión que me causó escuchar la historia de Susana, una niña como de seis o siete años a quien conocí como alumna de una escuela nacional.

Susana había quedado huérfana dos años antes de que yo la conociera, habiendo sido recogida, á la muerte de sus padres, por su madrina de bautismo.

La pobre Susana lloró mucho cuando se dió cuenta de que ya no vería más a aquellos padres, tiernos y cariñosos, que casi al mismo tiempo habían muerto, víctimas de una terrible y espantosa epidemia.

Su madrina la quería mucho, sí; pero los cariños que de ella recibía nunca podían ser tan dulces, tan amorosos, como los de su maíta inolvidable.

Y cuando Susana veía a las niñas de su escuela que eran esperadas por sus mamás a las horas de salida, y presenciaba los besos y caricias con que eran recibidas, ella, la huérfana, que por nadie era esperada, porque no tenía una madre, sacaba su pañolito enlutado y se enjugaba las lágrimas.

Niñas, pedidle a Dios que vuestros padres vivan por muchos años, porque la muerte de ellos es la muerte de vuestra felicidad, y compadeced a los infelices que pierden a los suyos en su tierna infancia y carecen de puro amor paternal.

Dad cabida en vuestro pecho al sentimiento que inspiró al poeta Acuña los siguientes versos:

“Mi madre, la que vive todavía
puesto que vivo yo...”

63. LA VACA



Allá, en el fondo del valle, en un jirón de tierra que, como rico y aterciopelado manto verde, se extiende a la falda de la montaña, pacen tranquilamente algunas vacas.

El pastorcillo que las cuida las conduce diariamente a ese lugar, porque sabe que allí crecen los mejores y más nutritivos pastos.

Después, al caer la tarde, el pastor reúne el ganado, y pacientemente lo conduce hasta instalarse en el establo, a cuya puerta duerme el pastor acompañado del perro vigilante, para estar, aun en la noche, al cuidado de los animales.

Muchos son los trabajos que pasa el pas-

tor, muchas sus penas; pero él vive tranquilo y feliz, porque sabe que sus fatigas son recompensadas.

Las vacas le proporcionan sabrosa y



abundante leche, de la que extrae rica mantequilla o con la cual fabrica quesos exquisitos; el pastor sabe que en un caso apurado puede vender sus vacas a buen precio, pues nada hay en ellas que no se pueda aprovechar.

Se vende la vaca, y su carne se utiliza como alimento; su piel, curtida, tiene multitud de aplicaciones en la industria, así como los cuernos y huesos; y hasta la boñiga del animal se utiliza como abono para la tierra.

No hay, pues, trabajo perdido; las fatigas del pastor están recompensadas con la utilidad que obtiene.

64. EL BUEY



Te amo, piadoso buey, porque me infundes
el vigor y la paz, el sentimiento.
Tú dominas, cual grave monumento
en las praderas libres y fecundas.
Agil, del hombre la labor secundas
bajo el yugo inclinándote contento;
tú respondes al dardo en giro lento
con miradas pacientes y profundas.
Cual himno blando, tu tenaz mugido,
magnífica expansión de tu dulzura,
piérdese en el espacio indefinido.
Ancha respira tu nariz oscura,
y cópiase en tu ojo humedecido
la verde soledad de la llanura.

JOSUE CARDUCCI.

65. LAS FIESTAS PATRIAS



Aun falta que transcurra algún tiempo para que lleguen los días de nuestras fiestas patrias de Septiembre, y ya se empieza a notar ese júbilo, ese entusiasmo que se apodera de todo buen mexicano cuando siente que se acerca la época de celebrar los días sagrados de la patria.

Y en las escuelas es donde se nota mayor movimiento; ya comienzan a discutir los profesores cuáles serán los himnos que niños y niñas entonarán con sus vocecitas tiernas, candorosas, en honor del Padre de esta nuestra bendita patria, y ya se habla de vestidos blancos y de lazos tricolores.

Si el Sr. Hidalgo, ese anciano sublime, de cabeza blanca y corazón ardiente y pa-

triota, presenciara el alborozó con que se preparan todos los mexicanos, año por año, para celebrar el aniversario de la Independencia Nacional, sin duda que sentiría su corazón inundado de júbilo y ternura.

Hacéis bien, niñas mías, en celebrar con entusiasmo las fiestas de la patria; envolveos en la nube immaculada de vuestros vestidos blancos, adornad vuestro cándido pecho con el bello y significativo lazo tricolor, emblema divino que nos representa a nuestra patria, y entonad cánticos tiernos y conmovedores en honor del anciano bendito que, impulsado por admirable valor cívico y por amor patrio inextinguible, dió el grito de libertad en esta tierra.



66. HISTORIA DE MARGARITA

Escucha, Rosalía, la historia de una niña tan pobre como buena, y tan buena como hermosa.

Se llamaba Margarita.

¡Pobre criatura! Nació entre sedas, caricias y mimos, que no sirvieron sino para ha-

cer más dolorosa la época de las desgracias, a que tan pronto llegó.

El padre de la niña murió cuando ella tenía solamente siete años, y a partir de ese terrible día, las comodidades, la alegría y la tranquilidad, que siempre habían reinado en aquella casa, huyeron, dejando su lugar a las tristezas.



Sin embargo, ¿crees que Margarita no volviera a ser feliz, teniendo aún una madre? ¡Imposible! Ese ángel bendito que Dios pone en la tierra para que sea nuestro consuelo y nuestro amparo, no desmaya en la lucha mientras sus hijos necesitan de apoyo.

La madre de Margarita ahogó su propio

dolor, procuró consolar a su hija y se dedicó a educarla, no omitiendo para esto sacrificio alguno.

Margarita fué poco a poco nutriendo su alma con los sabios y piadosos consejos de su madre, y su carita adquirió ese aire dulce y afable que hace que las niñas se conquisten la simpatía de cuantos las miran.

La desgracia, pues, no pudo apoderarse por mucho tiempo de aquel hogar, donde habitaba la virtud.

La felicidad volvió; ya te diré cómo.

67. UNA HIJA CARIÑOSA



Habían pasado únicamente cinco años, y nadie hubiera reconocido a Margarita, la chiquilla alegre y retozona, en la niña dulce y apacible que parecía ya una jovencita.

Su mamá, a fuerza de economía y de trabajos, había logrado sostener hasta entonces, con el dinero que su esposo le dejara,

una posición demasiado humilde, es cierto, pero que podría durar hasta que la niña se educara por completo.

En la época a que me refiero, Margarita comprendía ya todo lo que debía a su madre, apreciaba los sufrimientos de aquella santa mujer, y más de una vez, al verla por la noche, triste y pensativa, había rodeado con sus bracitos el cuello de su mamá, diciéndole cariñosamente:

—No estés triste, mamáita; ¿no dices que mi papá nos mira constantemente desde el cielo? Pues no hay que estar triste, porque el probrecito se afligirá mucho si ve que a pesar de sus ruegos por nosotras, no estamos contentas. Anda, dame un beso y ya no llores; rezaremos por papá.

Y una plegaria tierna y conmovedora venía a servir de consuelo a aquellos dos corazones, ligados por el más puro y entrañable cariño.

Tranquilizada ya, la madre continuaba su santa obra, y la niña procuraba compensar tantos sacrificios con las dos cosas que pueden halagar más a una madre: aplicación y obediencia.

68. LAS NIÑAS ASEADAS

Una tarde volvió Margarita de la escuela, y después de saludar cariñosamente a su mamá, dispuso convenientemente los útiles que a otro día iba a necesitar en las clases, guardó con sumo cuidado los que no había de necesitar, y abriendo de par en par la ventana de su recámara, se sentó allí a estudiar la recitación que le había encomendado la maestra.



¡Qué linda estaba Margarita! Con su aseo irreprochable, su carita sonriente y dulce, e inmóvil como estaba, absorta en el estudio, más que una niña parecía una muñeca primorosa que hubie-

ran puesto de adorno en la ventana.

Las mamás podrían considerarse felices, si sus hijas siguieran el ejemplo de Margarita y procuraran ser, como ella, estudiosas, cariñosas y obedientes con sus padres y superiores, y muy aseadas, sí, muy aseadas.

Una niña perfectamente aseada y arreglada inspira simpatía, se hace agradable a todos los que la conocen. Una niña desaseada, por muy bonita que sea, parece repulsiva y fea a la vista de todos; despierta más bien asco que simpatía.

Hay, pues, que ser aseadas para no encontrar el desprecio y el aislamiento a nuestro rededor.



69. AL ACOSTARSE



Angel de la guarda,
vela mientras duermo,
libra a mi inocencia
de los malos sueños,
para que el descanso
dé, con el silencio,
paz segura al alma
y vigor al cuerpo.

Angel de la guarda,
dulce mensajero,

si a otros velar puedes,
tiende, pues, tu vuelo;
con tus alas cubre
a los niños huérfanos,
y al que tiene frío,
y al que llora enfermo.

Angel de la guarda,
como por los buenos,
vela por los malos;
prójimos son nuestros;
díles al oído,
cuando estén durmiendo,
cosas que les vuelvan
al camino recto.

Angel de la guarda,
los que el sér me dieron
duerman al amparo
de tu santo cielo,
para que conmigo
puedan cantar ellos
himnos al que llena
todo el universo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.



70. LA CARIDAD



“Angel de la guarda,
vela mientras duermo...”

Y repetía Margarita estas palabras, embebecida en el estudio, con la cabecita reclinada en la reja y los grandes ojos entornados, como para concentrar todos los esfuerzos de la memoria.

De pronto oyó a su lado una voz temblorosa y débil; la niña abrió los ojos y vió jun-

to a la ventana una viejecita malamente vestida, que, apoyada en un bastón, se quejaba y hacía esfuerzos para avanzar.

—¡Pobre viejecita!—se dijo para sí la compasiva niña.—Quizá no haya comido, y por eso no puede ya ni caminar.

Y en tono tierno y acariciador le dijo:

—Señora, espere un momentito; no tardo.

Y a toda prisa se retiró de la ventana.

¡Ah! ¡Si supieran las niñas el consuelo tan grande que derraman en el alma de los pobres viejos a quienes socorren!

Entre la vejez y la infancia hay siempre un lazo de atracción y simpatía: la limosna dada por un hombre o una mujer, despierta el agradecimiento del necesitado, pero puede humillarle; el socorro que viene de la mano de la inocencia, nunca humilla.

¡Mil veces benditas las tiernas almas que no permanecen indiferentes y dormidas ante el dolor de los que sufren!

71. UNA ANCIANA AGRADECIDA

Margarita salió a la calle llevando entre las manos un pan y unas frutas, y ofreció el obsequio a la infeliz anciana; ésta había dejado de quejarse, sonreía dulcemente al aceptar la ofrenda de la niña; después se irguió, y con voz suave y dulce comenzó a decir:

—Gracias, hija mía; tienes un corazón de oro; tú harás la felicidad de cuantos te rodeen, porque sabes aprovechar las sabias y virtuosas enseñanzas de tus superiores y el santo ejemplo de tu madre. ¿Cómo no ayudarte? Tu mirada suavísima y tu acento cariñoso han bañado mi alma de inefable placer. Después de tantas palabras duras que he escuchado, después de tantos desprecios recibidos, tu dulzura ha sido para mí como una caricia celestial. Mira, para que no vaciles, voy a hacer pasar ante tu vista, las sendas que se nos presentan en el camino de la vida. Cuando te sientas lastimada por los sufrimientos propios de este mundo, cuando las dificultades se levanten a tu paso y no te dejen cumplir con tus obliga-

ciones, recuerda lo que hoy vas a mirar; llama a tu memoria los consejos de tu buena madre, y fija tu conducta según lo creas más conveniente.

Margarita no se atrevía a interrumpirla; escuchaba, y con ojos admirados seguía todos los movimientos de la anciana.



72. SORPRESAS DE MARGARITA

En ese momento ya no era la viejecita débil y achacosa la que hablaba; estaba perfectamente erguida; su rostro había adquirido un aire de bondad y dulzura que atraían, y alzando de pronto el bastón en que antes se apoyara, tocó ligeramente con su extremidad la frente de la absorta niña, que repentinamente se encontró frente a dos amplias calzadas en que se dividía el camino.

La niña buscó a la anciana; ya no la vió a su lado, y presa de un vago temor, quiso retroceder.

¡Imposible! A su espalda se extendía una densa niebla que la impedía caminar.

Optó, pues, por tomar alguno de los dos caminos frente a los cuales se encontraba, fijándose primeramente su atención en el camino que estaba a la izquierda.

Si la apariencia del camino hubiera sido la única por que se guiara Margarita, indudablemente éste hubiera sido el elegido; pero, afortunadamente, tuvo tiempo de observar lo que en él pasaba, y esto la salvó.

El camino era en extremo agradable: frondosos árboles convidaban a caminar bajo su sombra fresca y agradable; el césped ofrecía mullida alfombra; un arroyo claro y limpio como un espejo, daba frescura a multitud de flores, y tal parecía, que los pájaros más lindos y las mariposas más vistosas se habían dado cita en aquel lugar.



73. EL CAMINO DE LA PEREZA

Mucha gente caminaba por aquella calzada; todos iban riendo, cantando, disfrutando del perfume de las flores que bordeaban el camino y la grata sombra de los árboles; nada les preocupaba, al parecer; se conocía que eran felices.

Margarita observaba esto con placer, y sintió impulsos de entrar en la calzada; iba ya a caminar, cuando advirtió algo en que hasta entonces no había fijado su atención y que la hizo retroceder.

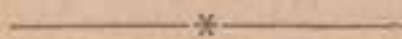
Todos los que parecían tan felices al empezar aquel camino, vacilaban a corta distancia, se fatigaban atrozmente, sus pies sangraban por multitud de heridas abiertas por punzantes abrojos ocultos entre el musgo, y sus rostros se iban demacrando poco a poco, concluyendo por tomar un aspecto repugnante de fastidio y estupidez.

¡Qué horror inspiraban aquellas gentes en tal estado!

La poca fuerza que les quedaba la empleaban en insultar cruelmente a los que pasaban a su lado, se retorcían de ira por no po-

der encontrar un camino mejor, y al fin caían, por ser arrollados por los que empezaban el camino.

¡Oh, qué camino tan engañoso!—exclamó la niña.—Nadie creería, al verlo tan tranquilo y hermoso en su principio, que tuviera un fin tan triste. ¡Cómo sufren, sin que pueda siquiera ocurrírseles pedir al cielo un auxilio en sus dolores!



74. EL CAMINO DEL TRABAJO

—Ese camino que acabas de ver, es el camino de la pereza, que conduce al vicio y a la ruina—dijo una voz al oído de Margarita;—muchos lo prefieren al que está a tu derecha, que es el camino del trabajo, el cual conduce hacia la prosperidad y la virtud. Mira este camino, compáralo con el anterior y elige.

La niña se volvió hacia la derecha. ¡Qué diferencia de lo que antes vió! ¡Qué trabajos! El terreno era árido, el sol abrasaba, ni una gota de agua podía encontrarse allí para apagar la sed de los fatigados viajeros.

De trecho en trecho se detenían los caminantes para descansar un rato; pero a los pocos momentos se levantaban de los toscos pedruscos que les habían servido de asiento, y emprendían de nuevo su marcha, apartando las piedras que les cerraban el paso, buscando y haciendo a un lado con gran paciencia los abrojos que podían herirlos; y avanzaban, avanzaban cada vez más alentados, cada vez más entusiastas para caminar adelante, siempre adelante.

Margarita seguía con admiración la marcha de aquella gente esforzada, y observaba la expresión de esperanza y de júbilo que iban adquiriendo esos rostros, antes tan demacrados por el sufrimiento.

De pronto la niña empezó a oír un canto dulce y lejano; eran ellos, los caminantes, que al fin triunfaban de las asperezas del camino.

75. UNA APARICION INESPERADA

Margarita había adquirido un poder de vista verdaderamente sobrenatural, y gracias a esto, pudo ver cómo la multitud triunfante llegaba, entre los dulces acentos de su himno, al final de su dolorosa travesía: ya no había cansancio ni dolores; los trabajadores habían vencido los obstáculos que se oponían a su marcha; habían tenido fe y constancia, y al fin había llegado para ellos la felicidad.

La niña escuchaba los himnos de victoria y contemplaba extasiada la belleza del lugar a que aquella dichosa gente había llegado; en lugar de abrojos, pisaban en esos momentos fresca alfombra de césped, salpicada de florecillas; manantiales cristalinos podían templar la sed, y bajo la sombra de los árboles, cargados de frutos, descansarían de sus fatigas.

La mirada de la niña se detuvo en una mujer vestida de negro, que a la entrada del lugar bendito, caía de rodillas elevando al cielo una plegaria, que al subir hasta Dios,

pasó, en alas del viento, muy cerca de la asombrada Margarita.

“¡Dios mío, decía aquella mujer, ya me has favorecido hasta aquí ayudándome a vencer tantas dificultades; sé misericordioso hasta el fin, haz que mi Margarita triunfe en la senda del trabajo y la virtud!”

Margarita sintió un vuelco en el corazón, extendió los brazos y lanzó un grito.

¡Aquella mujer era su madre!



76. FIN DE LA HISTORIA DE MARGARITA

—¡Mamá!—gritó la niña, despertando toda aturdida, pues que la pobrecita, mientras aprendía su recitación, se había dormido y estaba soñando. Se retiró de la ventana a toda prisa, corrió hasta donde su mamá estaba, y la encontró rezando frente una imagen de la Virgen.—¿Qué haces, ma-máita?

—Rezo, hija mía, rezo y le pido a la Virgen que te ayude, que te cuide para que seas siempre muy buena y muy dichosa. Me ape-

na mucho el temor de que olvides mis consejos y dejes de ser la niña buena y estudiosa que hasta hoy has sido. Si esto llega a suceder, ¿qué será de ti?

—No te aflijas, mamá; en sueños acabo de ver los dos caminos entre los cuales debo elegir; elijo el que tú has tomado: seré muy aplicada en la escuela; cuando sea mayor trabajaré para ayudarte; siempre te obedeceré, y seremos muy felices, te lo aseguro.

En la actualidad, Margarita es una profesora inteligente y llena de virtudes, que sostiene con el producto de su trabajo a su anciana madre, que no cesa de bendecirla. Sus discípulas la quieren con delirio, porque es con ellas tierna y cariñosa como una madre, y sus amistades la estiman y la rodean de consideraciones.

Por dondequiera que va Margarita, encuentra cariño y alabanzas.

¡Dichosa ella!

77. EL MONTE DE LA VIRTUD

El monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demás montes materiales, son amenas las faldas, y ásperas las cimas; así como se va subiendo por ellos,



se va disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda, y graciosa la eminencia. El que quiere arribarle, a los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas y abrojos; así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza, y se va descubriendo la amenidad; hasta que, en fin, en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas y cristalinas fuentes.

El primer tránsito es sumamente trabajoso y resbaladizo. Llámánle al recién convertido, desde el mar del mundo, los cantos de las sirenas; atérranle por la parte del

monte los rugidos de los leones; mira con ternura la llanura del valle que deja; contempla con pavor el ceño de la montaña a que aspira. Libre de la cárcel del pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad del camino, para hacer tardó y congojoso el movimiento. Oye a las espaldas los blandos clamores de los deleites que le dicen: “¿Es posible que nos abandones? ¿Es posible que te despidas y ausentes de nosotros para siempre?”

No obstante, camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algún tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda; ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresión, porque se oyen de más lejos; adelantando algunos pasos más, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una que otra vez representa la antigua costumbre los gozados placeres y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO.

78. COMO SE HONRA A LA PATRIA

Un representante de escuelas extranjeras vino a visitar las escuelas nacionales mexicanas.

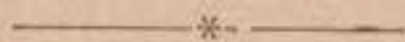
En una de las escuelas llamó la atención del ilustre visitante una niña que apenas contaría ocho o nueve años de edad, que se distinguía entre todas sus compañeras de clase por su correcto modo de vestir, por sus finos modales y por la soltura y perfección con que contestaba a todas las preguntas que le dirigían.

El extranjero sacó su cartera, y preguntó a la maestra el nombre de la niña para anotarlo.

—Se llama Rosalía Martínez—dijo la maestra,—y lo mismo se distingue en la escuela como niña aplicada e inteligente, que en su casa como hija buena y cariñosa; es una muchachita que se da a querer y que se hace admirar de todo el mundo.

—Muy bien—repuso el extranjero en voz alta y haciendo anotaciones en su cartera;—que todas las niñas imiten a Rosalía Martínez, porque niñas así honran a México.

Los hombres—continuó diciendo—demostramos nuestro cariño por la patria, y la honramos derramando valerosamente por ella nuestra sangre en las batallas, o procurando distinguirnos en el país como hombres instruídos, laboriosos y honrados; las niñas inocentes y delicadas la honran como Rosalía, siendo alumnas distinguidas en la escuela y modelo de hijas en su hogar.



79. SED BUENAS COMPAÑERAS

A una de nuestras escuelas nacionales asistía hace algunos años una hermosa niña que tendría, a lo sumo, ocho años; aquella niña no tomaba parte en los bulliciosos juegos de sus compañeras en las horas de recreo, ni se la veía reír jamás; su palidez y el cerco azulado de sus ojos decían claramente que esa niña estaba enferma.

—Luz—le decían una vez sus compañeras,—ven a jugar, no seas tonta. ¿Qué haces ahí siempre arrinconada?

—No—respondía Luz,—mejor leo cuentos; tengo miedo de que la señorita se enoje si doy guerra.

—¡Barbera!—le dijo burlonamente una

chiquitina de ojos negros y retozones, que oyó la respuesta.

Una carcajada general acogió la ocurrencia.



La maestra se acercaba al grupo en ese momento, y pudo sorprender las últimas burlas y el llanto de la indefensa niña; llevó lejos de Luz a las malas compañeras, y les dijo:

—Habéis cometido la peor de las faltas; habéis sido crueles con vuestra compañera que está enferma. En la escuela, las niñas deben ser siempre buenas compañeras. Remedad vuestra falta, si queréis que os vuelva yo mi estimación.

Las niñas, verdaderamente arrepentidas, fueron a reunirse a Luz, y desde entonces la trataron con el mayor cariño.

80. EL GUSANILLO DE LA CONCIENCIA

—Ayer, mamita
sin que me vieran,
cogí un rosquillo
de la despensa,
y en el instante
mi mano tiembla;
¿quién de este susto
la causa era?

—El gusanillo
de la conciencia.

—A Mariquita,
la confitera,
quité un pañuelo
de su muñeca;
nadie lo sabe,
ni nadie, ni ella;
¿quién me lo acusa,
quién me da pena?

—El gusanillo
de la conciencia.

—Mamita, ¿cómo
lo echaré fuera,

que no me bulla,
que no me muerda?

—¿Cómo, hija mía?
Si tú eres buena,
se irá el gusano
de tu conciencia.

GABRIEL FERNÁNDEZ



81. EL ABUELITO

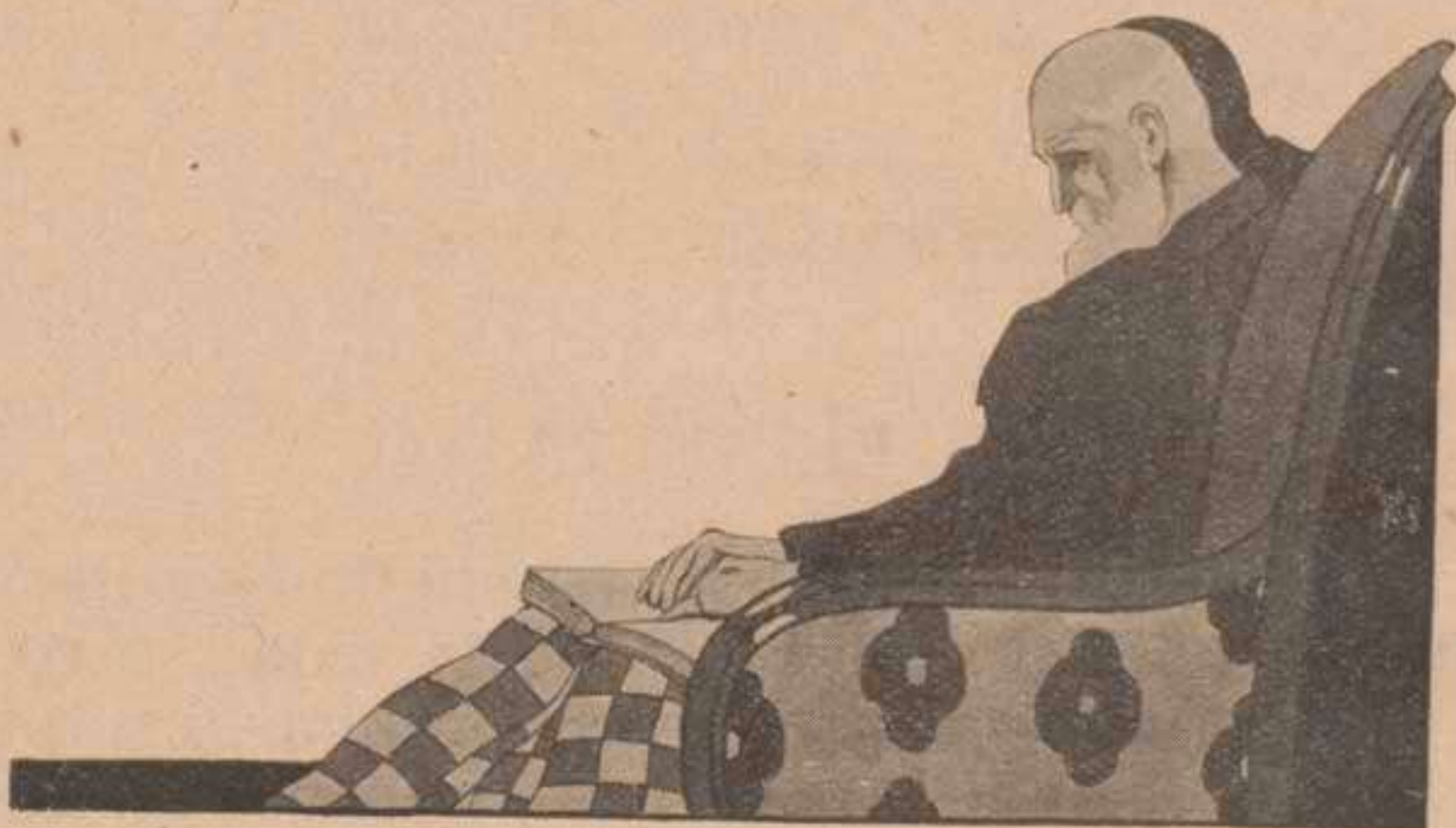
Allí está el abuelito: su cabello es enteramente blanco y brilla como la seda; su rostro, surcado por profundas arrugas, es apacible y risueño, y sus ojos miran con dulzura infinita.

¡Pobre viejecito! Sentado en cómodo sillón y con el periódico en la mano, le es imposible entregarse con toda tranquilidad a la lectura del diario, porque el reloj le indica, ya próxima, la hora en que debe llegar la nietecita de vuelta de la escuela.

—Cómo tarda Rosalía—dice el anciano poniéndose en pie, con el cuerpo débil y de-

jando sobre el sillón el periódico.—¡Cómo tarda!

Coge de nuevo su periódico, se sienta y pretende inútilmente leer con detenimiento, porque toda su atención y todas sus miradas están fijas en la puerta por donde ha de entrar la nieta.



Por fin, una linda niña como de ocho o nueve años, entra radiante de alegría, deja sus libros sobre la mesa y se abraza cariñosamente al abuelo, diciéndole:

—Abuelito, abuelito, ¿cómo te ha ido sin mí?

—Sin ti, siempre me va mal—dice el anciano acariciando a la niña.—Vamos, vamos

a ver a tus padres, que estarán extrañándote tanto como yo.

—Pues anda, abuelito, corre, vamos.

Y la niña echó a correr seguida por su



abuelo, que se esforzaba por alcanzarla, exclamando gozoso:

—¡Dios mío, qué feliz me has hecho poniendo en mi hogar a este ángel de bondad y de cariño!

82. SED OBEDIENTES

Cuentan que un día salió una oveja del establo en que vivía, y se fué al campo con la intención de pacer un rato libremente. Antes de alejarse de su establo, la oveja llamó a un pequeño corderito, hijo suyo, y le dijo:

—Vas a quedarte por unos momentos solo en el establo; cierra bien la puerta, y por ningún motivo permitirás que alguno entre mientras yo no esté aquí. Si alguien toca, procura ver por las rendijas, y si no soy yo, no abras.

Fuése la cordera, y un lobo hambriento se dirigió a toda prisa al establo y con fuertes manotadas llamó a la puerta.

—¿Quién llama con tanta urgencia?— preguntó el corderito, balando dulcemente.

—Yo, hijo; ábreme, traigo un recado de tu madre.

—Perdone usted; pero si quiere cumplir con su encargo, cúmplalo puerta de por medio, porque yo no abriré mientras mi madre no esté de vuelta.

Después de esto retiróse el corderito al

fondo del establo, y el lobo se fué rabiando por no poder tener el buen almuerzo que se había figurado.

¿Qué hubiera sido del corderito sin la obediencia que tenía a su madre? Indudablemente hubiera sido despedazado por el lobo.

Niñas, tened siempre presente el ejemplo del cordero, y pensad que tenéis que ser obedientes con vuestros padres, si queréis salvaros de muchos peligros, de mil contrariedades.

—*—

83. PENSAD ANTES DE HABLAR

Ninguna de las niñas del primer año era tan viva y tan graciosa como Carmela; todas sus condiscípulas gustaban de su plática, y muchas de ellas le pedían ayuda en los trabajos difíciles.

Sin embargo, Carmela tenía el grave defecto de ser un poco atolondrada; se dejaba llevar fácilmente de su carácter enojón, y en sus momentos de disgusto solía decir palabras ofensivas.

Un día que Carmela llegó a la escuela cuando las niñas de su clase estaban ya reunidas, las encontró llenas de entusiasmo, porque la maestra acababa de darles una buena noticia.

Al ver entrar a Carmela, una niña se separó del grupo y corrió a encontrarla.

—¡Tonta!—gritó Carmela.—Me has tirado todos mis libros. ¡Grosera!

La pobre niña se hizo a un lado, llena de pena, murmurando:

Quería yo decirte...

Sonó el timbre; las niñas guardaron silencio.

La maestra esperó a que Carmela y sus compañeras tomaran asiento, y dijo:

—Siento mucho tener que reprender a Carmela y privarla de la excursión que he anunciado a ustedes; pero una niña que ofende a sus compañeras no merece halagos de ninguna clase. Y para otra vez, Carmela, piensa antes de hablar, para que no cometas violencias semejantes a las de hoy.

84. LA MARIPOSA



En el jardín, lleno de flores y de perfumes, revolotea gallardamente una linda mariposa.

Anda libando de flor en flor la sabrosa miel que la alimenta.

Agita sus alas, y brillan éstas con reflejos de oro, luciendo también manchones color de cielo y hermosos tintes anaranjados.

El insecto se empeña en lucirlas ante dos niños que pasean en el jardín. Ya los niños se fijaron en las llamativas alas que cubren el cuerpecito de la mariposa como un traje de arco iris.

La niña desea ver de cerca al hermoso animalito, y el niño persigue a la mariposa intentando cogerla.

La mariposa siente satisfecha su vanidad al ver el efecto que ha causado en los niños

la hermosura de su traje; se para sobre un fresco botón de rosa, y allí los espera agitando sus alas para que luzcan mejor.

Los niños avanzan hacia la mariposa, temerosos de que se escape; el niño se adelanta y logra coger las temblorosas y provocativas alas.



Cuando los niños dejaron libre a la infeliz mariposa, ya era inútil; el polvo dorado que cubría sus alas había quedado entre las manos de los niños, y esas hermosas alas que tanto la habían envanecido, quedaron todas ajadas y llenas de desgarraduras.

Niñas, cuidaos mucho del grave defecto de la vanidad, si no queréis encontrar castigo, como la mariposa.

85. SED CORRECTAS EN LA CALLE



Así como se recomienda a las niñas que sean respetuosas y bien educadas en la escuela y en su casa, hay también que hacerles notar lo indispensable que es tener esa compostura, esas maneras respetuosas y corteses, en la calle.

Basta que os fijéis en la impresión completamente distinta que causan el comportamiento de una niña que sabe respetar la calle, y el de aquélla que cree que el estar en la calle la autoriza para cometer mil faltas de educación.

La niña mal educada corre en la vía pública, y atropella y molesta a cuantos pasan a su lado.

¡Cómo se pone en ridículo con todo el mundo, y cómo se hace antipática y digna de reprensiones la niña que tiene semejante comportamiento!

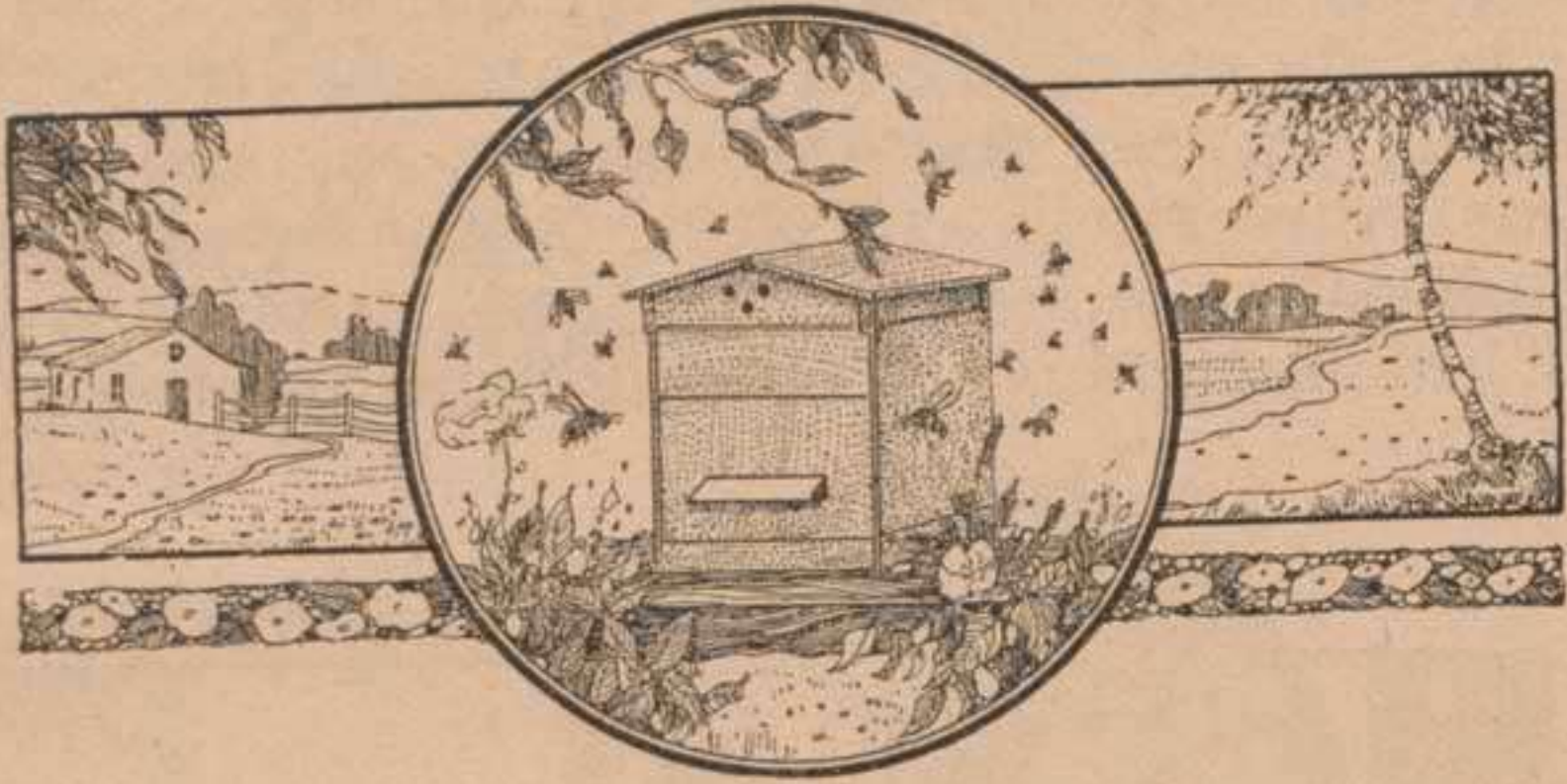
En cambio, fijaos en la impresión verdaderamente agradable que produce Rosalía.

Miradla: su aseo llama la atención; ¡con qué comedimiento, con qué respeto deja la acera a las personas que, por su mayor edad, o por cualquier otro motivo, son acreedoras a las consideraciones de los demás! Notad cómo se esmera en que sus modales sean comedidos, y cómo procura no llamar la atención con gritos ni con risotadas escandalosas.

Seguid todas el ejemplo de esta niña; semejante conducta es digna de imitarse, porque os traerá el aprecio y la simpatía de cuantos presencién vuestra finura y corrección.



86. LAS ABEJAS



Una pequeñita que estaba comiendo con extraordinaria satisfacción una rebanada de pan con mantequilla y miel de abejas, preguntaba a su mamá:

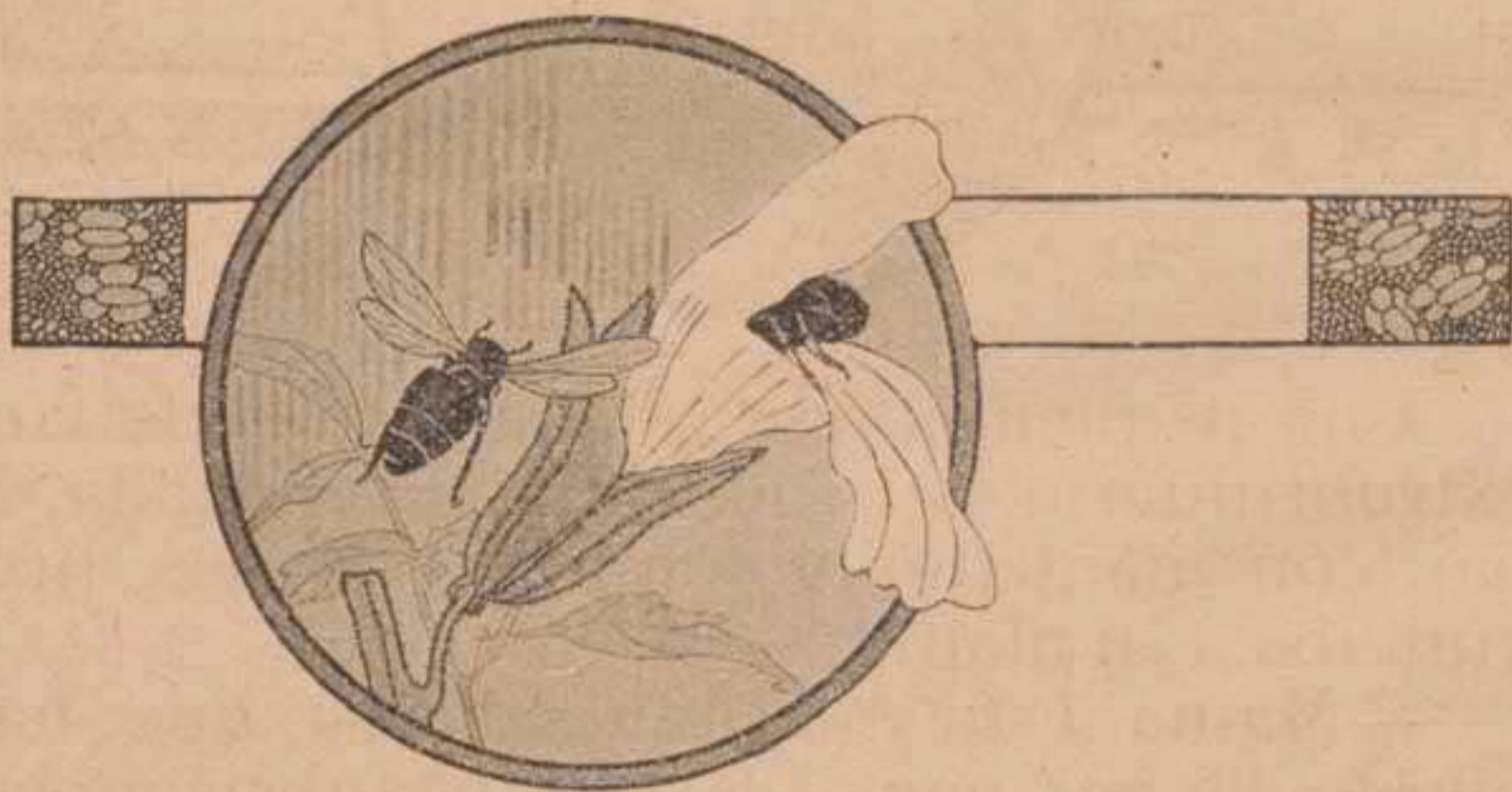
—Mamá, esta miel tan sabrosa que has puesto en mi pan, ¿es la que fabrican las abejas?

Sí, y la elaboran con la miel que sacan de las flores.

—La verdad es que ya quisiéramos convertirnos en abejas; entonces no trabajaríamos tanto, ni tú en la casa, ni yo en el colegio, y nos pasaríamos el tiempo volando

de flor en flor y recogiendo miel. Qué, ¿a ti no te gustaría eso, mamá?

—No, niña, ni vuelvas a decir semejante cosa; en primer lugar, debo advertirte que esa ociosidad constante en que tú supones a las abejas no existe. Las abejitas trabajan de la manera más laboriosa. La ociosidad nos convertiría en seres indignos y despreciables, y mereceríamos que nos hicieran lo que hacen las abejas con los zánganos.

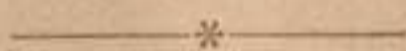


—¿Cuáles zánganos, mamá? Explicame.

—Los zánganos son los machos de las abejas; pero éstas no admiten más que un zángano en cada colmena, para que haga compañía a la abeja principal, que es la reina. Esta pone sus huevecillos para que nazcan nuevas abejas con que enriquecer

la colmena; pero las obreras, que son las abejas que tú has visto recogiendo la miel, dan muerte a los zánganos y dejan solamente a uno, que sustituirá más tarde al zángano viejo. Las hembras se dedican todas a obreras, y solamente una queda en el panal, cuidada de una manera especial, para que más tarde sea reina.

Ya ves que las abejas nos dan ejemplo de orden y laboriosidad.



87. LA ENFERMERA DE LA CASA

Lejos del centro, en los suburbios de la ciudad, vivía una familia de la cual formaba parte una niña que se puede citar como ejemplo entre las buenas y hacendosas.

Cierta vez que la mamá enfermó y tuvo que permanecer en la cama por varios días, Julia, que así se llamaba la niña, se acercó a su padre y le dijo:

—Papaíto, tú estás triste, porque crees que, teniendo que ir a trabajar, no habrá quien atienda a mi mamá ahora que está enferma. Pero mira, no te aflijas; yo me

he fijado mucho en las explicaciones que mi profesora nos da en la escuela y me acuerdo de cómo se debe cuidar a los enfermos. ¿Quieres que deje yo la escuela por algunos días, y que cuide a mi mamá?

—¡Bendita seas, hija!—exclamó el padre con las lágrimas en los ojos y acariciando a la niña.—Está bien, cuida a tu mamá; Dios te prestará su ayuda.



El padre de Julia se fué a su trabajo, y la niña quedó al cuidado de la enferma. Nadie hubiera desempeñado su papel de enfermera con tanto esmero como lo hizo Julia. Durante los cinco días que estuvo enferma su mamá, la niña no descansó un momento: arreglaba las ropas de la cama, teniendo especial cuidado de que no diera ningún aire

a la enferma; estaba pendiente de las horas en que debía darle la medicina, y en los momentos en que veía a su mamá dormida, cuidaba de no hacer ruido para que no se despertara.

A los cinco días de tan solícitos cuidados la enferma estaba ya en convalecencia y le decía a su esposo, al mismo tiempo que acariciaba tiernamente a la niña:

—Aquí tienes a la enfermera de la casa, cuyos cuidados me han devuelto la salud.

¡Felices las madres que tengan hijas como Julia!

—*—

88. NO MINTAIS JAMAS

¡A qué penas y mortificaciones están expuestas las niñas mentirosas!

Y como una prueba de esto, no hay más que recordar lo que le sucedió a Luisa, una niña aficionada a contar mentiras.

Volvió la niña a su casa, después de haber ido a la de sus tíos, y llegó diciéndole a su mamá:

—He comido soberanamente. Al despe-

dirme de mis tías, llegó mi tío Agustín, y le dió tanto gusto verme, que no me dejó venir sin comer antes con él.

—Está bien—dijo la mamá,—me alegro mucho; pero tanto tu papá como yo, te extrañaríamos si no te sentaras a la mesa con nosotros; es bueno que nos acompañes.

—No, mamá; si el que haya comido con mi tío no impide el que lo haga con ustedes.

Luisa fué a la mesa con sus papás; pero la señora tuvo miedo de que el exceso de comida dañara a la niña, y se abstuvo de darle de comer, a pesar de las instancias que la niña hacía.

A la noche fué el tío Agustín a casa de Luisita, y la señora le contó lo ocurrido con Luisa.

—¡Oh—exclamó riendo.—¡Pobre de mi Luisita! La soberana comida a que la obsequié consistió únicamente en un pequeño pastelillo.

La niña, avergonzada al verse descubierta, salió de la pieza, y oyó a su mamá que decía:

—Ya verá que la mentira siempre tiene castigo, pues se ha quedado sin comer.

89. ROSA LA INAGUANTABLE

Era materialmente imposible que la señora Antonia pudiera hacer cambiar el carácter de su hija, la pequeña Rosa.

Consejos, ruegos, castigos, todos los medios habían sido empleados, y ¡nada!, al más pequeño motivo de contrariedad, ya estaba la niña encendida de cólera, dando gritos, temblando de rabia.

—Por Dios santo, Rosa—exclamaba Antonia—mira que esas cóleras que tú haces, a duras penas pudieran pasar en un viejo cargado de aburrimiento, de achaques y de bilis! ¡Pero en ti, que debías ser la alegría de la casa! No, hija; si las niñas deben ser como los pajaritos, que cantan y saltan de gozo desde que aparece el día.

¡Nada! Rosa seguía insoportable.

Doña Antonia tuvo una idea luminosa y la puso en práctica en la primera oportunidad que se presentó. Cierta vez, la criada se olvidó de comprar un bizcocho que había encargado Rosa; llegó la hora de la merienda, y... ¡válgame Dios! ¡qué gritos de Rosa, qué insultos para la infeliz sirvienta!

Doña Antonia puso violentamente un espejo delante de la enojada niña, que sin querer vió su imagen reproducida en el cristal.

Toda azorada quedó Rosa de verse tan fea y tan ridícula, y la cólera desapareció como por encanto.

Desde entonces procuró dominar su mal carácter, porque se convenció de que una niña colérica no provoca sino la antipatía y la burla de los que la rodean.

—*—

90. EL MEJOR AMIGO

Hay un amigo en el mundo
que a nadie engaña jamás,
amigo que no es ingrato
y a nadie puede engañar;
cuando con fe se le llama,
siempre solícito está,
porque es amable, aunque rudo,
y a todos sabe igualar.

El pobre y el poderoso,
siempre amable lo hallarán;
amigo que da dinero
con una dulce bondad,

que produce la alegría
y hace la pena olvidar;
que hace rápidas las horas
de la triste adversidad;
que suele llenar de gloria
nuestra existencia fugaz.
Transforma al hombre salvaje
en hombre honrado y social;
y sin él, la virtud muere
cual rosa marchita ya.

Sin él, no existe grandeza,
ni placer ni dignidad,
él, con su aliento benéfico,
regenera al criminal;
él, en fin, es enemigo
de la torpe ociosidad.

Este amigo cariñoso,
que siempre debéis buscar,
es ¡oh niños! el *Trabajo*:
El trabajo siempre amad.

JOSE ROSAS.



91. EL SANTO DE PAPA



Dos niñas que son muy buenas hermanas e hijas muy cariñosas, platican entre sí, tratando de resolver un grave asunto que las preocupa demasiado.

—¿Qué dices, Luisa, qué hacemos? Mañana es el santo de papá, y nosotras no hemos decidido con qué hemos de obsequiarlo.

—Sí, no creas que lo he olvidado. Pero por más que pienso, no sé qué hacer. ¿Tienes tú dinero?

—No; pero se me ocurre una cosa muy buena.

—¿Cuál? ¡Dímela, dímela!

—Espérame; antes voy a ver a mamá pa-

ra ver si se puede arreglar lo que yo pienso. Quiero contar con su consentimiento.

A poco volvió Anita diciéndole a su hermana, llena de gozo:

—¡Arreglado! Mamá nos da permiso para que hagamos lo que se nos ocurra con la leche que nos dan de merienda y algunas otras cosas que he logrado.

—¿Y qué haremos con todo eso?

—La crema de vainilla que tanto gusta a papá.

—¡Eso, eso está muy bueno! ¿Sabremos hacerla?

Sí; mira: mientras que tú cuidas las dos tazas de leche, que pondremos a hervir con bastante azúcar y con la vainilla, yo batiré las yemas en un plato y las iré echando en la leche, que tú estarás meneando hasta que espese.

—¡Magnífico, magnífico!

Y las dos niñas fueron a preparar el obsequio que habían de ofrecer a su querido papá, prescindiendo de la merienda por aquella tarde.

92. LAS GOLONDRINAS



En cuanto la primavera se acerca, empezamos a ver grupitos de simpáticas avecillas que, ya se posan sobre los alambres del telégrafo, ya tienden el vuelo, descendiendo repentinamente hasta rozar el suelo con la punta de sus alas obscuras y extendidas.

Son las golondrinas, las avecillas viajeras que vienen a visitarnos en el tiempo en que las flores abundan, cuando las mañanas son hermosas, llenas de sol y de alegría.

En cuanto el invierno se aproxima, antes de que se sientan los primeros fríos, las go-

londrinas se reúnen en numerosísimos bandos y parten en busca de temperaturas cálidas.



Por eso cruzan el Océano, tendiendo el vuelo unos ratos, si es que las viajeras, que ya conocen el camino, calculan que pronto encontrarán algún sitio donde poder descansar, o bien avanzan instaladas cómodamente sobre los mástiles de algún buque.

¡Qué triste es ver que van quedando abandonados los nidos que en las cercanías de nuestra casa fueron suspendidos por las bulliciosas golondrinas. Eso nos anuncia que el invierno llega triste y lleno de peligros para los pobres ancianos achacosos, para los enfermos, para los niños huérfanos que no tienen el abrigo de un hogar.

En cambio, cuando las golondrinas vuelven, todos se animan, porque su llegada es precursora del buen tiempo, de la hermosa primavera.

—*—

93. DEBEMOS SER SIEMPRE HONRADOS

Hace algunos meses presencié un hecho que siempre recuerdo con entusiasmo.

Caminaban por una de las calles de Santo Domingo dos niñas de la clase humilde, alumnas de alguna escuela nacional, seguramente, pues llevaban algunos libros, e iban conversando, según lo que pude escuchar, de los arreglos para una próxima excursión. De pronto pasó cerca de ellas un hombre, agobiado por el peso de un gran canasto de fruta. Al pisar en un sitio en que algún mal educado había tirado cáscaras de plátano, resbaló, y poco faltó para que cayese; tres o cuatro manzanas rodaron al suelo sin que él lo notara.

Las dos muchachitas recogieron la fruta que se había esparcido por el arroyo.

—¡Ahora—dijo la más pequeña,—ya tenemos fruta!

Y la saboreaba gozosa.

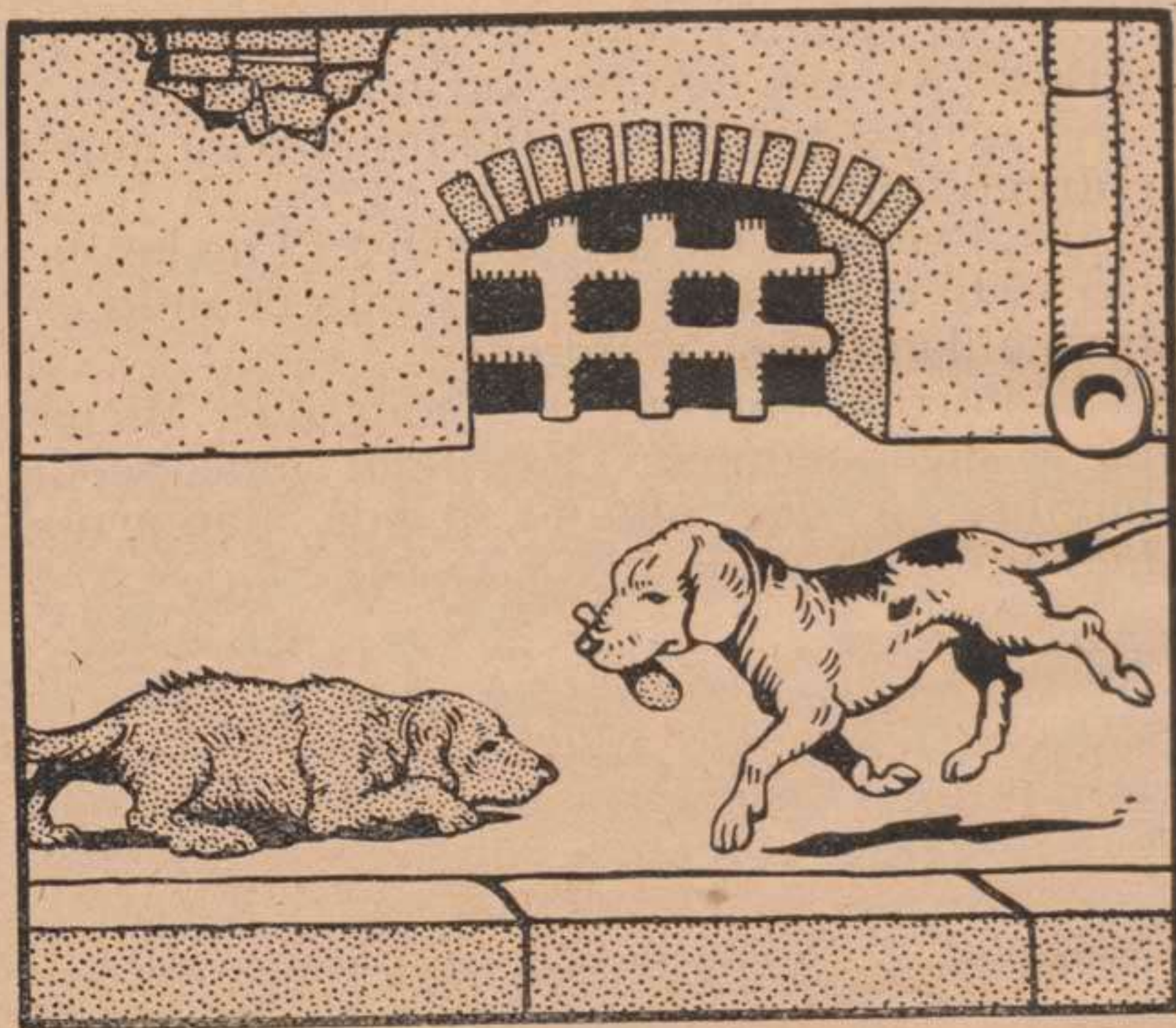
—No, Juana; ¡qué vergüenza!—dijo la otra.—¿No ves que no son nuestras?

Y echó a correr tras del hombre, a quien entregó todas las manzanas.

—¿Pero qué me las quitaste? El no las había visto caer—dijo la pequeñita cuando estuvo al lado de su compañera.

—Porque hay que ser honradas. Mi papá lo dice siempre: “Es mejor morir de hambre, a que alguno pueda llamarnos *ladrón*.”

94. PROTECCION A LOS ANIMALES



Eran las cinco de la tarde. Las niñas salían de la escuela, y en medio de alegre charla formaban, al salir, grupos que cruzaban la

calle en distintas direcciones, con rumbo a sus casas.

Tres hermanitas avanzaban platicando alegremente, soportando con paciencia el peso de multitud de libros y cuadernos que llevaban; se detuvieron de pronto frente a un zaguán, de donde salían gritos, exclamaciones, ruido de personas que corrían, maullidos... un estrépito infernal.

—¡Dios mío!—gritó una niña.—Quieren matar a palos a ese infeliz gato.

—Le hablaremos a un gendarme—decía otra.

—No, no; vámonos—gritaba la tercera, toda horrorizada.

Por fin, la que había hablado primero se adelantó hasta el patio donde una mujer y tres o cuatro chiquillos perseguían, armados con palos, a un gato negro, que procuraba huir de la paliza y lanzaba terribles maullidos.

—¡Señora, un momento!—gritó la niña mayor.—¿Quiere usted vender su gato en lugar de matarlo? Daremos mis hermanas y yo todo el dinero que traigamos.

Las otras niñas que se habían acercado, admiraban la buena idea de la caritativa pequeñuela y, registrando sus bolsillos, em-

pezaron a contar el dinero que llevaban encima.

—Pueden llevarse el gato; no me den nada—dijo la mujer.—Pero si para mañana está aquí, lo mato.

Uno de los muchachos se prestó a llevar al gato a casa de las niñas, donde fué bien recibido.

—*—

95. SOR JUANA INES DE LA CRUZ



Es indudable que todas las niñas habrán oído hablar alguna vez de la notable monja cuyo nombre encabeza esta lectura, pues los méritos de tan inteligente y hermo-

sa mujer han hecho que sea reconocida y alabada en todo el mundo como una de las glorias de nuestra patria.

Sor Juana, cuando era pequeña, vivía al lado de sus padres en una alegre casa, que todavía existe, al pie del hermoso volcán del Popocatepetl; allí pasó sus primeros años, siendo la alegría y la felicidad de sus padres.

Cuando cumplió cinco años ya sabía leer, escribir y cuentas, y las costuras que hacía llamaban la atención por su perfección y limpieza.

Más tarde, cuando esta portentosa niña tenía siete años, fué tanto su deseo de aprender, que buscó una pena con que castigarse, en caso de no aprender lo que se había propuesto.

Tenía un cabello hermosísimo, y se le ocurrió cortárselo en castigo de la torpeza para aprender; si en el tiempo que el pelo tardara en adquirir su antiguo tamaño, no aprendía lo que se había propuesto, cortaba de nuevo su cabello, pensando: "No está bien que esté adornada con largo cabello una cabeza que está desprovista de saber, que es el más apetecible adorno."

Esa mujer notabilísima despreció todos

los bienes a que se hacía acreedora, y a los diez y siete años se retiró al convento de San Jerónimo, en México, donde profesó y murió, dejándonos como prueba de su mucho valer, sus ingeniosas composiciones literarias, que nos revelan el talento de su autora.

Sirva la historia de sor Juana Inés de la Cruz para demostrar que también la mujer puede dar gloria a la patria, y que México es cuna de mujeres inteligentes, virtuosas e ilustradas.



96. LOS SANTOS REYES



La pequeña Rosita sabía, porque su mamá se lo había dicho alguna vez, y por experiencia propia, que cuando las niñas son

buenas, tienen ganado el cariño y el favor de los Santos Reyes, quienes, antes de amanecer su día, que es el 6 de enero, bajan del cielo provistos de lindos obsequios que depositan en el zapatito que sus favorecidas han dejado en el balcón. Por eso, al concluir Rosita las oraciones que su aya le dictaba y que ella repetía arrodillada sobre su camita, cruzando los brazos y ya cubierta con su camisón lleno de encajes, abrazó y besó a su aya, diciéndole:

—Toma, llévale a mi mamá este beso y este abrazo, y no te olvides de levantarme muy tempranito; estoy ansiosa por ver el obsequio que me dejarán los Santos Reyes.

—Mal has estado durante el año, nenita; tus lecciones no han sido de lo mejor y tus travesuras han sido numerosas. Temo que los Santos Reyes no se acuerden de la niña desaplicada y traviesa.

—No me hagas que duerma yo mal—dijo la niña;—no me digas eso. ¡Hasta mañana!

El día de los Santos Reyes amaneció y Rosita se levantó y se dirigió al balcón; allí encontró su zapatito helado, pero conteniendo un pequeño paquete y una cartita, que la niña recibió gozosa.

—¡Mira, mamá!—gritó la niña saltando de alegría.

Abrió el paquete y leyó: “No podemos dejarte el obsequio que deseáramos, porque no has sido buena este año; el próximo, procura ser mejor.”

Rosita, algo desalentada, abrió el paquete, y las lágrimas asomaron a sus ojos, mientras su aya la abrazaba cariñosamente.

El paquete contenía... un chicote.



97. ¡A VACACIONES!



¡Terminó el año!

Acaban de pasar los exámenes con notable aprovechamiento de las alumnas.

Pero la más distinguida fué, como siempre, Rosalía, quien, hecho el cómputo de sus buenas calificaciones, se vió que obtuvo el primer premio.

Todas sus compañeritas la felicitaron con miles de agasajos, pues bien comprendían que ella lo tenía bien merecido.

La niña, algo turbada y conmovida, de-

cía que el Jurado la había favorecido demasiado.

La maestra gozaba al ver a sus discípulas tan cariñosas entre sí. ¡Parecía una madre en medio de sus hijas!

Calmado un poco el bullicio entusiasta a que se habían entregado, les habló de la siguiente manera:

—Niñas, hoy es el último día de permanencia en la escuela. Tenéis que gozar de vuestras vacaciones, y, por tanto, dejaremos de vernos por algún tiempo. Voy a pasarme unos días en el campo para descansar un poco. Es preciso, pues, despedirnos.

—El año que viene—continuó la maestra—¿os acordaréis de mí? ¿Me querrán todavía como me quieren ahora?

¡Oh, sí, sí, señorita!—exclamaron en coro las niñas.

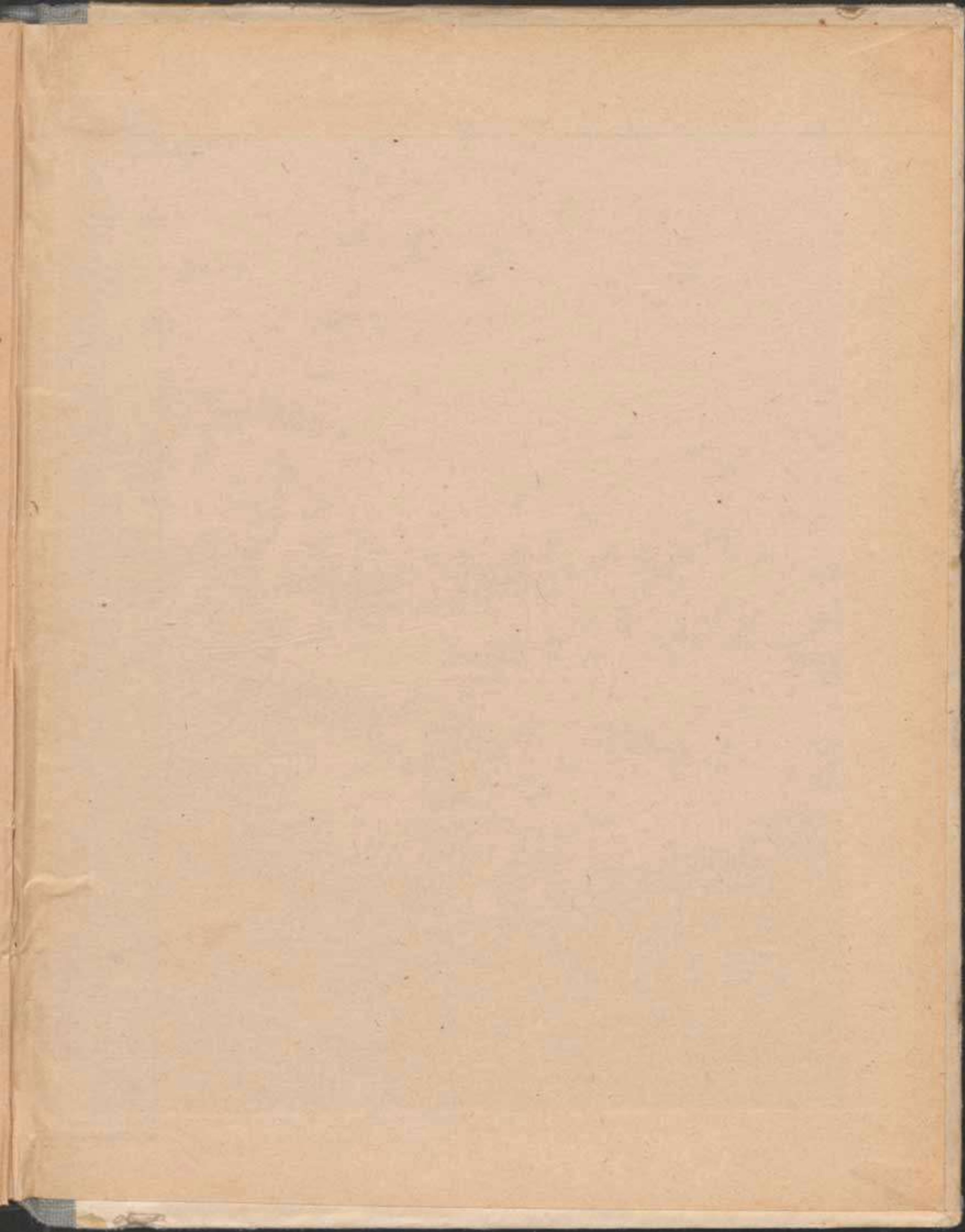
Sonó el timbre y todas se despidieron agradecidas, abrazándola y besándola con cariño, y salieron de la escuela para dirigirse a sus casas, charlando, como una parvada de golondrinas.

¡Qué lindas son las vacaciones después de haber trabajado bien!

INDICE

	Págs.		Págs.
1. Primer día de clases.....	7	27. Las compañeritas	37
2. La buena hermana	8	28. Caridad para con la maestra	38
3. Las uñas de Rosalía.....	9	29. Pensamientos sobre la economía	40
4. Las flores	10	30. No seáis impacientes.....	41
5. ¡Pobres burros!	12	31. Una niña bien educada..	42
6. La recámara de Rosalía.	13	32. Las amapolas	44
7. La nuez verde	14	33. 'A Dios	45
8. El agua	15	34. Los ojos	47
9. Una buena acción	16	35. El calzado	48
10. Los estragos del frío.....	17	36. El azúcar	49
11. El pájaro libre y el cautivo	18	37. Cortesía en el hogar....	50
12. Las plantas de hortaliza.	20	38. Juegos pesados	51
13. El borrego	21	39. Las manos	53
14. La boca	22	40. El cielo	55
15. El buen carácter.....	24	41. Las moseas	56
16. El pavo y el mono.....	25	42. El reloj	58
17. El espejo	26	43. El vestido	59
18. Pensamientos sobre la ociosidad y el trabajo..	27	44. Madruga y serás feliz....	61
19. Hay que respetar a nuestros padres	28	45. La flor de salud.....	62
20. La pequeña indiscreta...	29	46. La lluvia	64
21. La luciérnaga	30	47. Las metamorfosis	66
22. La leche	31	48. México	67
23. Utilidades del nopal.....	32	49. Trabaja y vencerás.....	68
24. Luisa la golosa	33	50. El caracol	70
25. Los útiles de costura.....	34	51. Utilidades de las plantas.	71
26. El relámpago y el arco iris	36	52. El gato	73
		53. Respeto a la vejez	75
		54. Trata bien a los criados.	77

	Págs.		Págs.
55. El trigo	79	77. El monte de la virtud...	117
56. Huye de las malas compañías	81	78. Cómo se honra a la Patria	119
57. El rocío	83	79. Sed buenas compañeras..	120
58. Los dos pavos	85	80. El gusanillo de la conciencia :	122
59. La niña envidiosa	86	81. El abuelito	123
60. El cariño fraternal	88	82. Sed obedientes	126
61. Los elefantes	89	83. Pensad antes de hablar..	127
62. La niña huérfana	91	84. La mariposa	129
63. La vaca	93	85. Sed correctas en la calle.	131
64. El buey	95	86. Las abejas	133
65. Las fiestas patrias.....	96	87. La enfermera de la casa..	135
66. Historia de Margarita...	97	88. No mintáis jamás	137
67. Una hija cariñosa	100	89. Rosa la inaguantable.....	139
68. Las niñas aseadas	102	90. El mejor amigo	140
69. Al acostarse	104	91. El santo del papá	142
70. La caridad	106	92. Las golondrinas	144
71. Una anciana agradecida.	108	93. Debemos ser siempre honrados	146
72. Sorpresas de Margarita..	109	94. Protección a los animales.	148
73. El camino de la pereza..	110	95. Sor Juana Inés de la Cruz	150
74. El camino del trabajo....	112	96. Los Santos Reyes	152
75. Una aparición inesperada	114	97. ¡A vacaciones!	155
76. Fin de la historia de Margarita	115		





L.É